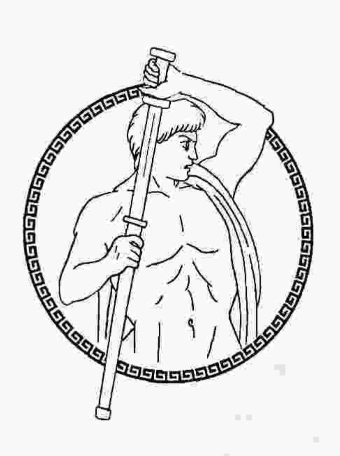
LA CÓLERA DE AQUILES



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa y Pilar Mas (págs. 86-87)
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellés
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8647-5
Depósito legal: B 11929-2016

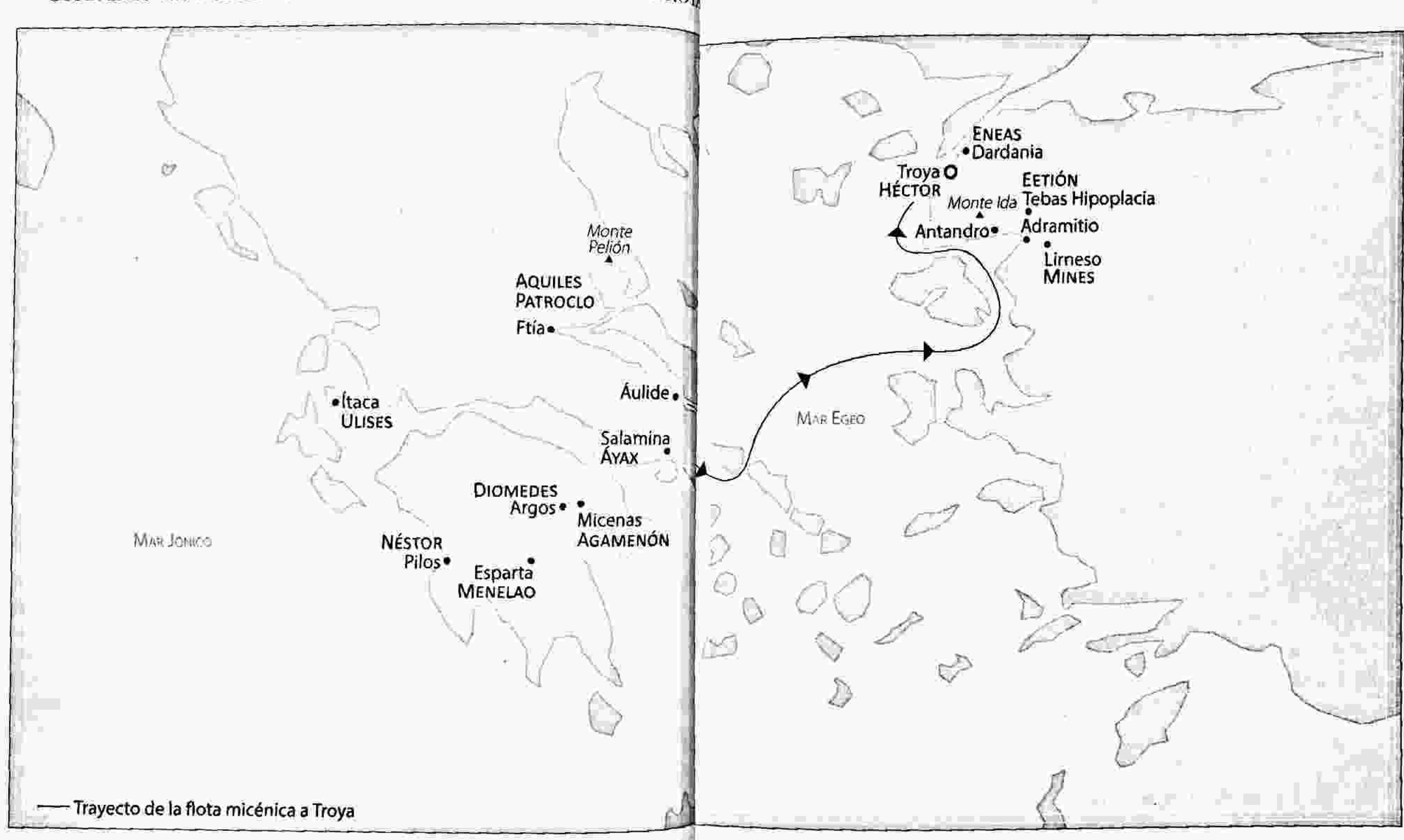
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

La cólera canta, oh diosa, del Pelida Aquiles,
maldita, que causó a los aqueos incontables dolores,
precipitó al Hades muchas valientes vidas de héroes
y a ellos mismos los hizo presa para los perros.

Ilíada, Homero, canto I

Ciudades de origen de los héroes de la guerra de Troya



Dramatis personae

Los helenos

Aquiles – jefe del contingente de los mirmidones, tenido por el más valiente, hábil e indómito de los guerreros helenos.
Peleo – rey de Ftía y padre de Aquiles, favorecido por los dioses con la mano de la nereida Tetis.
Menelao – rey de Esparta por matrimonio con Helena y hermano de Agamenón.
Agamenón – rey de la poderosa ciudad de Micenas, y jefe supremo del ejército heleno.
Patroclo – amigo inseparable de Aquiles, hijo del rey de Lócride exiliado en Ftía.
Néstor – longevo rey de Pilos, prestigioso consejero de Agamenón.
Calcante – poderoso adivino que aconseja a los griegos.

Los troyanos

Príamo – anciano rey de Troya, célebre por ser benévolo y justo, padre de cincuenta hijos.
Héctor – heredero del trono de Troya y respetado general del ejército que defiende la ciudad.

Andrómaca – esposa de Héctor e hija del rey Eetión de Tebas, asesinado por Aquiles junto a sus siete hermanos.
Paris – príncipe troyano, causante de la guerra por el rapto de Helena de Esparta.
Briseida – esposa del rey Mines de Lirneso, capturada como esclava por Aquiles.
Crises – sacerdote del dios Apolo en la ciudad de Crisa, padre de la esclava Criseida y tío de Briseida.
Anténor – consejero de Príamo cuyos muchos hijos combaten en la guerra.

Los inmortales

Tetis – divinidad marina que fue entregada en matrimonio al mortal Peleo y madre de Aquiles.
Quirón – centauro sabio y diestro, legendario educador de héroes.
Apolo – dios olímpico del sol y la adivinación, reconocido arquero, que favorece a los troyanos en la guerra.

1

El mejor de los helenos

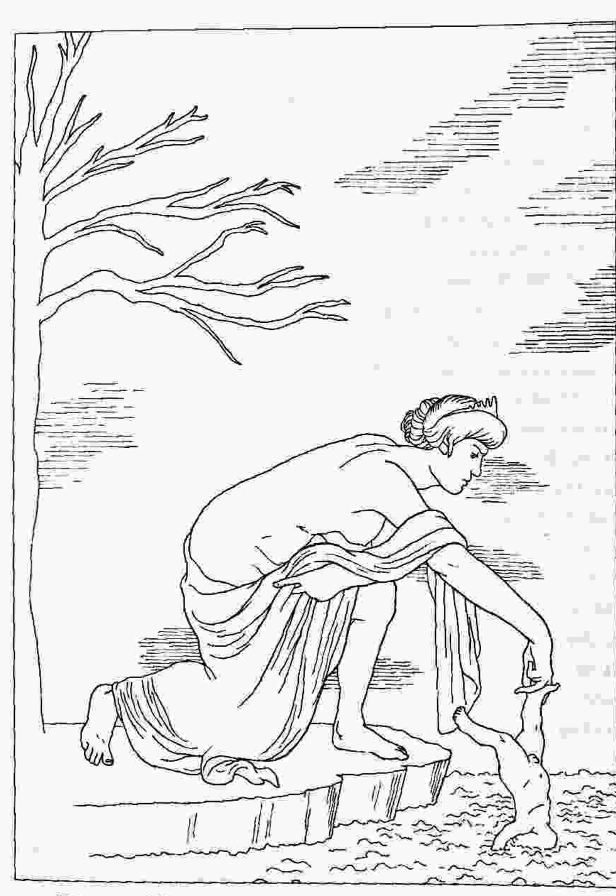
Bramaba el viento hediondo en el confín del universo, sobre los campos de una tierra donde nada podía medrar, sin más color que el resplandor rojizo de los jardines de llamas que ardían ante la casa del invisible Hades y su esposa Perséfone. Más allá, la negrura del horizonte era tan intensa que absorbía el mundo hasta volverlo del revés y precipitarlo hacia un lugar inconcebible en el que solo existía la locura: el agujero que caía a la nada, al que llamaban el Tártaro.

En el corazón de aquel paisaje yermo burbujeaba la vasta ciénaga Estigia. A un lado la laguna vomitaba su caudal en turbio remolino sobre los demás ríos del infierno, pero en esta ribera todo era silencio. Emergiendo entre la sombra, descendía del mundo de los vivos una figura altanera, cuya túnica de seda ondulaba a su espalda sostenida por la brisa como una cola nupcial prodigiosa. A su paso, la corona de coral encarnado que centelleaba en su cabeza, recogiéndole el

cabello en una maraña, hacía recular las tinieblas, mientras el llanto del bebé que llevaba envuelto en un manto quebraba la quietud de la noche eterna.

La nereida Tetis llegó a la orilla de las aguas espesas. A pesar del sucio camino que la había llevado hasta allí, la blancura de sus pies relumbraba como la plata. Al detenerse los pasos, el niño cesó también el llanto y miró a su madre con sus ojos vivaces, que se movían sin descanso en busca de las cosas. Ella le acarició la blanda mejilla y sintió su calor. Fue ese un momento de duda, en el que la madre se preguntó si hacía bien. ¿Podría soportar el dolor de perder también a aquel fruto de sus entrañas que se agitaba ávido por descubrir el mundo? Si tampoco sobrevivía, todo seguiría igual: su ahogo entre los mortales, la turbación de los eternos, los hilos del destino terriblemente trenzados. Aunque no fuera dueña de su existencia, sometida por igual a dioses y hombres, aún estaba en su mano dar el mejor regalo que un dios podía ofrecer: la inmortalidad.

Se arrodilló ante las marismas, cuyas aguas hirvientes le salpicaban la piel con goterones negros que se pegaban a la carne como engrudo. Descubrió el cuerpo del bebé, que había embadurnado con crema hecha con dorada ambrosía —el alimento de los dioses— para que lo protegiera. Cogiéndolo por su piececillo rollizo, apenas sujeto por el talón, lo colocó cabeza abajo. Al sentir el calor cercano y el aguijón de las primeras gotas, el niño estalló de nuevo en sollozos. En seis ocasiones anteriores había oído la madre el llanto desesperado de sus retoños en situación parecida, lo último que había escuchado de ellos antes de verlos morir en sus manos. Como todas esas veces, comenzó a respirar agitadamente. Jadeando



Tetis se arrodilló ante las aguas hirvientes y colocó al bebé cabeza abajo.

con sofocante angustia, descendió el brazo para sumergir el cuerpo del niño en la Estigia. Lo metió entero, hasta que las aguas le quemaron la mano. En ese momento lo sacó aprisa.

El niño boqueaba, tosía, gemía, cubierto de engrudo. Su madre lo tomó entre sus brazos y le dio suaves golpes en la espalda hasta que este volvió a llorar con más desespero que antes, afligido por el dolor tanto como por el miedo. Tetis lo limpió con la cola de su túnica mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Corrió a aplicarle de nuevo crema de ambrosía para aliviarlo y sanar su piel, ahora enrojecida y llena de llagas, salvo el talón, la única parte que no había entrado en las aguas. Luego lo abrazó, lo acarició, lo colmó de besos intentando aquietar sus gemidos. Aquel pequeño superviviente era el único que había tenido el instinto de cerrar la boca y los ojos, de aguantar la respiración, de modo que las aguas de la laguna no habían penetrado en su cuerpo. El amor que sentía por él le atenazaba la garganta. Su hijo vivía.

∞

Al filo del primer albor, el rey Peleo se alzó en su lecho ahogado por una sospecha sombría: su hijo no había llorado en toda la noche. Saliendo de sus aposentos, voló en dirección al dormitorio del bebé, al lado del suyo. Al verlo venir tan apremiado, la guardia apostada a la puerta se puso firme y se preparó para recibir órdenes. Peleo entró en la estancia y halló a la nodriza durmiendo un sueño profundo, artificial, del que no pudo arrebatarla. Su hijo no estaba en la cuna.

—¡Seguidme! —dijo a la guardia cuando salió corriendo.

Resonaba el entrechocar de las armas por las galerías que conducían al ala anexa en la que habitaba, separada de él,

la divina esposa del rey, la hija del anciano del mar Nereo. Al llegar ante las altas puertas de bronce, Peleo las empujó sin ceremonia, con el ánimo trastornado y dispuesto a todo, y penetró en las salas de Tetis. Cuando el rey asaltó, flanqueado por sus soldados, el dormitorio de la nereida que los dioses le habían dado en matrimonio, la encontró arrullando al bebé en sus brazos. El niño intentaba dormir sin lograrlo a causa del dolor, mientras lanzaba resoplidos e hipaba. Estaba sucio y con la piel cubierta de pústulas. La corriente estiraba de las cortinas hacia afuera en la ventana abierta, donde la aurora alargaba sus dedos rosados.

—¿A este hijo mío has querido matarlo también? —rugió el rey, fuera de sí.

—A este hijo tuyo ya nada podrá destruirlo. Eso he hecho por él.

Peleo le arrebató al bebé sin que ella opusiera resistencia. Esperaba que su marido, un atribulado mortal, entorpecido como todos ellos por sus sentimientos, no comprendiera la naturaleza de su regalo. Había llegado el momento: ya no era necesario mantener la comedia de aquel matrimonio, porque el niño de la profecía, aquella que decía que el hijo que saliera del vientre de Tetis sería mejor que su padre, ya había nacido. Zeus, que la había cortejado de modo imprudente, tendría que agradecerle por siempre el sacrificio que ella había aceptado, humillándose a yacer con un mortal para evitar el advenimiento de un dios superior. Hera, la esposa celestial, sabría recompensar su fidelidad al resistirse a la impudicia del soberano del universo.

—Es hora de que vuelva al mar que añoro —dijo a Peleo, de nuevo feliz después de tantos años—. Cuida de mi hijo mientras puedas. Yo tengo la eternidad para quererlo.

Hablando así, se dirigió hacia la ventana. Peleo dio un paso adelante y avanzó la mano pretendiendo detenerla con ese movimiento. La nereida, conmovida por aquel gesto triste, respondió con una sonrisa tierna, y en ella su marido pudo ver lo que quizás había habido entre los dos alguna vez. Lanzándose hacia delante, el cuerpo de la diosa se deshizo en un soplo de brisa salina que se alejó en dirección a las costas del golfo que penetraba en aquella tierra llamada Ftía, donde había vivido como reina del pueblo de los mirmidones.

◇◇◇

Ya se volvían oblicuas las sombras en los frondosos hayedos del monte Pelión y refrescaba entre los altos troncos de piel lisa y gris. Un carro entoldado, al que seguía una escolta a caballo, traqueteaba a toda prisa a través del sendero impreciso por donde los guiaba un jinete que cabalgaba nervioso, con el rostro oculto por un casco de largo penacho. El guía detuvo la comitiva con una seña al ver que el camino moría en un estanque sobre el cual pendía una enorme roca alfombrada de musgo. Tras dar un par de vueltas sobre su montura, el jinete empenachado se vio incapaz de rastrear la ruta y levantó la mirada. Bosque adelante se elevaba la cima de la montaña de manera que, a la mitad del ascenso, se extendía una terraza natural cubierta de prados mullidos por los que reptaban jirones de niebla. En un extremo, la pared se abría como una boca, la entrada a una gruta protegida por un cercado. De allí se alzaba caracoleando la leve hebra de humo de una hoguera.

Los caballos de la escolta relincharon, inquietos. Sus jinetes intentaron apaciguarlos, mientras escudriñaban entre los árboles, que, superpuestos, se convertían en una pared desconcertante, en la cual las sombras se movían y los recortes de sol aturdían la mirada. La hojarasca murmuró bajo las patas de alguna bestia. Cantaron las espadas cuando la escolta las sacó de sus vainas. Alguien dio la voz de alerta, señalando adelante.

Sobre la roca musgosa que dominaba el camino, ascendía al trote una criatura majestuosa que mostraba la mitad inferior del cuerpo en forma de caballo de lomos recios y la otra mitad en forma de hombre vigoroso, con largas melenas y barbas cobrizas, las espaldas cubiertas con una piel de animal. Sus brazos monumentales doblaron un gran arco cargado con una flecha del tamaño de un arpón, capaz de atravesar a más de un hombre de una sola vez. Los jinetes se estremecieron al ver que los señalaba con ella. La voz gruesa del centauro les heló la sangre.

—¿Quiénes sois y qué os trae aquí?

El guía de la expedición bajó de su caballo y, caminando hacia aquel ser prodigioso, se quitó el casco. Apenas vio quién era, el centauro borró la fiereza de su rostro.

—Peleo —dijo, bajando el arma. Y luego fue a descender del peñasco.

Llamada por el rey, la nodriza se apeó del carro y le acercó a su hijo envuelto en pañales. Él lo tomó en los brazos y se lo mostró al hombre caballo con la ternura de un padre amantísimo. Desolado advirtió el centauro que el bebé se lamentaba amargamente, pues tenía el cuerpo cubierto de costras y verrugas y terribles laceraciones.

—Quirón, viejo amigo —le dijo el monarca—, tantas veces has procurado por mí que no hay presente en la tierra con el que te pueda corresponder. Vengo en tu busca esta

vez porque no conozco artes mayores que las tuyas para sanar a mi hijo Aquiles. Pero también quiero hacerte un ruego especial: te pido que lo acojas en tu casa como pupilo, porque temo que su madre me lo arrebate si así le place, mientras que a ti te respetará. —Avanzó el recién nacido hacia su antiguo preceptor—. Confío a tu cuidado a mi heredero para que lo hagas mejor que yo.

Quirón dudó antes de recoger al pequeño. Sin embargo, hacía tiempo que vivía solo en su gruta, sin nadie con quien tratar, cuando, por el contrario, le complacía cultivar la amistad de la inteligencia y la gallardía. Con sus semejantes, unos monstruos borrachos, no soportaba la relación. Los ojos del bebé, que habían estado entornados, se engrandecieron al verlo y se clavaron en los suyos. El centauro quedó atrapado por su intensidad, su espesura, y percibió en ellos un talento notable. Por ser quien era, vivir lo que estaba viviendo, aquel niño tendría la pretensión de hacer grandes cosas, se dijo Quirón. Valía la pena ayudarlo a que fueran las más adecuadas. Alargó los brazos para recogerlo y miró a su amigo con gratitud.

—Tu amistad es mi reconocimiento. Ve tranquilo. Tú me entregas un bebé; yo te devolveré un héroe.

◊◊◊

Las aguas bajaban salvajes por el torrente, estallaban contra las piedras, arrastraban troncos de arce y de castaño a través de la pendiente para precipitarlos por el salto de agua que, por espacio de varios metros, caía hasta un remanso. Allá abajo, la sangre se desleía en las aguas tranquilas, una mancha rosada que se iba desvaneciendo. El niño flotaba

cabeza abajo, inmóvil. ¿Qué edad tendría? Apenas seis o siete años.

Levantó la cabeza de pronto. La herida le palpitaba en la frente. Salió del agua a toda prisa y corrió hacia la pared de roca, que escaló, empapado, agarrándose a las raíces, a las ramas, a cualquier piedra saliente, hasta volver arriba. Una vez que hubo alcanzado la elevada terraza, entró de nuevo en el río y avanzó al filo del precipicio, oponiendo todas sus fuerzas contra el ímpetu de las aguas, que lo empujaban hacia el vacío. Se plantó en el centro con las piernas abiertas, enfrentado cara a cara contra la corriente. Veía como el helado caudal acometía contra él, le cortaba la piel y le apaleaba la carne, sin embargo, en su mente solo escuchaba las carcajadas de su maestro, quien, días atrás, se había reído de su torpeza al caerse cruzando por allí y dejarse arrastrar como una hoja de otoño. Ahora, al fin, resistía.

Quizás molesto por su soberbia, el río le envió un grueso tronco. Al verlo llegar, apenas tuvo tiempo el niño de echarse a un lado para que no lo golpeara. Perdió el equilibrio, el agua lo sobrepasó y se lo llevó una vez más. Cayó por el precipicio y, al llegar abajo, volvió a hacer estallar las aguas. Esta vez ganó la orilla con dificultad. Después de arrastrarse para salir, tosió y escupió una gran bocanada de agua apoyado en una roca. Todavía luchaba por recuperar el aliento con la cabeza gacha cuando oyó que los matorrales se agitaban muy cerca de allí. De entre el follaje apareció el cuerpo negro, cubierto de ásperas cerdas, de un jabalí que se acercaba a beber acosado por el calor. El animal se detuvo al encontrarse con el chiquillo y clavó sus ojos obtusos en él desde detrás de sus grandes colmillos amarillentos, curvados hacia arriba.

El pequeño le sostuvo la mirada. Había dejado al otro lado de la orilla el hatillo que llevaba en sus excursiones, con comida y bebida, una buena daga y su lanza, tallada a su medida por su tutor.

El jabalí cargó y él, sin otra posibilidad, saltó por encima. Mientras la bestia resbalaba para evitar caer al agua y daba la vuelta afanosamente, el niño rodeó el estanque sacudiendo sus piernecillas con la agilidad de un roedor silvestre. Nada más alcanzar su lanza, se volvió bien aferrado a ella. El animal corría en dirección a él profiriendo chillidos enojados. El niño aseguró el asta en una piedra del suelo. La punta de bronce centelleó al bajar para recibir a su atacante.

∞∞

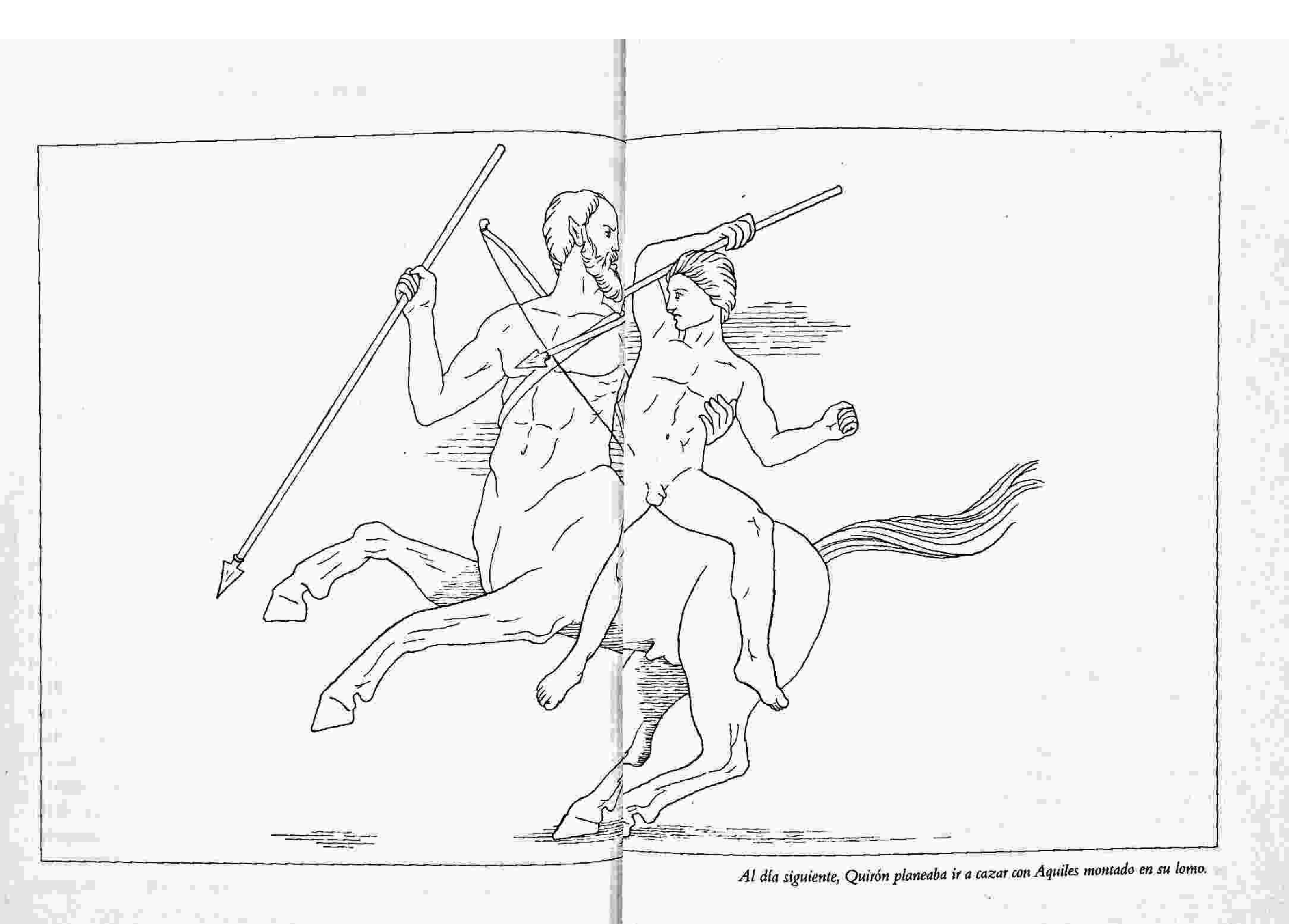
Quirón mantenía el hogar siempre encendido en su gruta, una herida profunda en la carne de la montaña que, sesgada, descendía escabrosamente hacia sus entrañas, donde el centauro había excavado pilastras que sostenían dinteles y arcos en diferentes estancias. Allí preparaba ungüentos y bebedizos curativos, almacenaba hierbas y otros ingredientes, conservaba papiros y tablas grabadas con sabios escritos, trabajaba la madera, el cuero, el bronce y muchos otros materiales con los que construía arcos, flechas, lanzas, pero también los hermosos instrumentos musicales que le encargaba la musa Calíope.

Mientras asaba entrañas de león para la cena y partía huesos de oso para arrancarles la médula, veía que el sol declinaba y que el pequeño Aquiles aún no había vuelto. El niño era osado, quizás en exceso, y también tan orgulloso ante sus errores como incansable en la persecución de un objetivo.

Era la mente de un chiquillo, al fin y al cabo, pero en un cuerpo similar al de un dios. Verlo recorrer aquellos bosques le recordaba a su padre, aunque multiplicado tanto en sus virtudes como en sus defectos. ¿Debía salir a buscarlo? Habían vuelto a bajar leones de las lejanas tierras del norte. Al día siguiente planeaba ir a cazarlos con Aquiles montado en su lomo.

Oyó la puerta del cercado. Su discípulo regresaba, pero no lo hacía solo, sino que venía tirando de un objeto cuyo peso le ocasionaba grandes trabajos. Quirón remontó la pendiente de la cueva y salió. Afuera se encontró con que el niño arrastraba el cuerpo de un jabalí atravesado por una lanza de cabo a rabo. El pequeño cazador dejó caer su presa y, con el rostro encendido por su infantil sonrisa, corrió hacia su maestro y saltó para abrazarlo del cuello. Quirón lo acogió en sus brazos, dichoso. Apreciaba en mucho a aquel niño animoso que era feliz dándole su cariño. Aquiles había cazado su primer jabalí.

El centauro arrancó la lanza del cuerpo del animal y, tomándolo por las patas traseras, se dispuso a llevarlo a la gruta. Aquiles corría ya hacia el fuego, deseoso de despellejar a la bestia y echar su carne a asar. Antes de ir tras él, Quirón se volvió y miró a lo lejos, a la linde del bosque, más allá de los prados. No podía ver quién los vigilaba, pero sus sentidos confirmaban una presencia. Mirando hacia allí, abrió la puerta del cercado y luego se fue adentro. Apenas desapareció en la boca de la cueva, la nereida Tetis salió de la oscuridad. Había sentido que un dardo agudísimo hería su pecho al ver el amor con que su hijo abrazaba a su preceptor, que era tanto para él como su padre y su madre. Con todo, aprobaba la decisión de Peleo, pues no existía mejor maestro que



Al día siguiente, Quirón planeaba ir a cazar con Aquiles montado en su lomo.

aquel ser bondadoso, hábil y gran guerrero. Caminó hacia la gruta, devorada por el ansia, después de tantos años, de estrechar entre sus brazos al único de sus hijos que seguía vivo.

◇◇◇

El rey Peleo había dejado atrás la juventud y aumentado su majestad después de su última gran aventura, en la que había acompañado al heroico Jasón en su búsqueda del vellocino de oro a bordo de la nave Argo. Se había embarcado como argonauta porque ya no soportaba el eco de sus pasos en las habitaciones vacías. Tras haber visitado un extremo del mundo, había regresado a su tierra con la sed de gloria apaciguada y anhelando tan solo hacer medrar a su pueblo. Un día, cuando su heredero regresara para ocupar su lugar, encontraría un reino próspero habitado por gente que honraría su nombre.

Viendo pasar los días de su madurez, escuchaba las noticias sobre mensajeros que recorrían al galope los caminos de la Hélade convocando a grandes caudillos. El poderoso soberano Agamenón de Micenas preparaba una expedición para vengar la afrenta que había sufrido su hermano Menelao, rey de Esparta. La reina espartana, Helena, de quien se decía que era la mortal más hermosa que caminaba sobre la tierra, había sido raptada por el príncipe troyano Paris. Aunque también murmuraban los más mordaces que, en realidad, ella no se había resistido mucho, pues jamás había amado a Menelao, sino que había sido tratada como un mero bien de cambio entre su padre y su esposo. Peleo no veía la aventura con buenos ojos tanto por aquel motivo aparente como por la razón verdadera: la ambición de Agamenón. Su pulso no se alteraba ante la llamada a las armas, porque nada tenía que ver Ftía con el juramento

que invocaba Menelao, aquel que obligaba a los que habían sido pretendientes de Helena a acudir en ayuda de quien desposara con ella. El único acontecimiento que esperaba el monarca era la vuelta de su hijo Aquiles, que ya imaginaba próxima.

Al atardecer, después de una jornada de cacería, el rey y su guardia tomaron un camino que seguía la costa en lo alto de un acantilado. Por algún motivo inesperado, el caballo de Peleo se encabritó y arrancó un galope enloquecido en dirección al borde. Ya todos pensaban que perderían a su soberano cuando el animal rectificó para evitar la caída y continuó recorriendo el filo del abismo a toda carrera, con la guardia detrás. No se detuvo hasta llegar al principio de un sendero que descendía por la pared de roca hasta el agua. Cuando el animal se paró allí, el rey advirtió que la senda conducía a una gruta marina salpicada por la espuma rompiente y que, en su entrada, se movía una forma blanca que dejaba una larga estela. Se apeó del caballo e hizo una señal a sus soldados, que ya llegaban, para que no se inquietaran al verlo bajar y aguardaran a su regreso.

Las olas iban y venían entre los guijarros de lecho, que se habían ido alisando con el tiempo. Peleo penetró en la penumbra de la gruta procurando no resbalar sobre la superficie húmeda de las rocas. La túnica nívea de Tetis, que lo aguardaba en el interior, parecía nacer del agua salobre, donde ella tenía los pies hundidos.

—Esperas ver pronto a tu hijo, pero lo conoces poco —dijo la nereida.

—No me ha necesitado. Sé que tú eres su buena amiga. Quirón me ha informado y me satisface. Nunca quise arrebatártelo, sino salvarlo.

Tetis agitó la cabeza, turbada por aquel reproche que seguía lastimándolos después de tantos años.

—Daría a Aquiles mi inmortalidad si estuviera a mi alcance. En él tengo puesto el amor de seis niños muertos. —Aquellas dolorosas palabras resonaron en el techo abovedado, creando un momentáneo silencio que conmovió a Peleo. La nereida respiró profundamente—. Por eso he venido a advertirte: nuestro hijo ha dejado de ser un niño y no tardará en venir a ti. Tú anhelas que sea un buen soberano, pero la desgracia acecha.

El rey se agitó, sintiéndose de nuevo peón de fuerzas fuera de su control, ante las que solo podía hacer algo penoso para la naturaleza de todo hombre de carácter: doblegarse.

—El adivino Calcante, que ofrece su consejo a Agamenón de Micenas, lo ha persuadido de que los griegos nunca obtendrán la victoria en la guerra que preparan a menos que combata en sus filas el hijo de Tetis, aquel que superaría a su padre. Pronto un heraldo llegará a tus puertas para invitarlo a acudir al puerto de Áulide, donde se reúnen las tropas.

—¡Tanto da! —exclamó Peleo, irritado—. Ftía no está en deuda con Micenas ni con Esparta.

—Bien es cierto, pero piensa que, aunque pudieras resistir la coacción de esos reyes vigorosos e influyentes, que no están acostumbrados a dar su brazo a torcer, es la decisión de nuestro hijo lo que debemos temer. Tú no lo conoces: se sabe ágil, fuerte, indestructible, y por ello su audacia no tiene límites y su orgullo lo hace temerario. Nunca rechaza un desafío, sino que lo devuelve aumentado. Quirón ya no podía controlarlo. Lo envié a refugiarse en Esciros, con el rey Licomedes, sin embargo, por su carácter revoltoso, no ha permanecido allí mucho tiempo.

Peleo callaba, inquieto, sin saber qué pensar ni qué decir. Con atroces esfuerzos había combatido durante años el deseo de visitar a su hijo, pues sabía que, apenas lo tuviera delante, sería incapaz de separarse de él y querría llevárselo a casa, aunque así dejara interrumpida su formación. La nereida se acercó hasta él, porque ya no se sentía con fuerzas de disimular su aflicción de madre.

—He consultado a los grandes poderes que me son conocidos —dijo, perdiendo por momentos la voz—, y temo que nuestro hijo no vuelva de esa guerra a pesar de mi protección. Ni siquiera los eternos pueden oponerse al destino.

Agarró temblorosa el brazo de su esposo y él, contagiado por su amargura, apoyó su mano sobre la de ella. Los dos volvieron a sentir el tacto del otro después de quince años. La misma angustia insufrible de tiempos anteriores les atenazaba ahora la garganta, el mismo sufrimiento inmerecido les arrasaba el rostro.

◇◇◇

Peleo vivió días de terrible desasosiego después de aquel encuentro, pidiendo constantemente novedades de los centinelas que había apostado en todos los caminos. ¿Aparecía ya su hijo? ¿Se avistaba el mensajero de Agamenón? Ftía no toleraba amenazas. Su rey había movilizado a todo el ejército. El pueblo de los mirmidones, llamado así por deberle su fundación al rey Mirmidón, hijo del gran padre Zeus y de una princesa mortal, era célebre por ser una de las fuerzas más temibles y capaces, más leales a sus jefes, de todos los reinos griegos. Sus guerreros se protegían con corazas de sobrio negro y formaban falanges que atacaban ferozmente

a enemigos superiores en tamaño o en número, siempre atentos a su jefe, como colonias de hormigas. El mensajero de Micenas encontraría una bienvenida poco apacible.

Durante la espera, el monarca intentaba calmar la incertidumbre preparando el palacio para alojar a su heredero. Pensaba entregarle sus aposentos y retirarse al ala de la casa que había construido para su esposa. Al final de una mañana de calor intenso en que había estado tomando disposiciones para ello, Peleo advirtió un desorden inusual entre sus guardias y quiso saber qué los agitaba.

—Va a tener lugar un combate singular en los cuarteles —le explicó el capitán—, pero no es más que una burla, una diversión.

Interesado por escuchar más, el rey supo entonces que a mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto, se había presentado en el acuartelamiento de los guerreros negros un jovenzuelo errabundo y astroso, en cuyo rostro apenas asomaba el bozo, diciendo que quería conocer a aquellos hombres que se decían tan bravos. Como no le habían permitido entrar ni que saliera el comandante, se había puesto a causar gran alboroto. Por eso habían decidido ir a darle una lección.

El rostro de Peleo perdió el color al oír de este suceso. Había que detener ese duelo. Pidió un caballo de inmediato y salió al galope.

En el patio árido y pedregoso donde se entrenaban los mirmidones se había formado un círculo de hombres curtidos, de pieles oscuras, arrugadas por el sol, y manos endurecidas por el uso continuado de las armas. Reían divertidos anticipando la tunda de palos que su jefe iba a atizar a aquel fanfarrón dentro del corrillo, porque le sacaba varias cabezas

de alto y le doblaba en anchura de espaldas, mientras que el chico, aunque robusto, era solo un adolescente cuyas melenas color miel le daban un aire femenil. Un soldado alcanzó un nudoso cayado al comandante, quien sonrió torcidamente al joven, pues se veía ya partiéndole unos cuantos dientes.

Avanzó hacia él con sus pesados pasos de hombre voluminoso. El chico, muy sereno, dejó en el suelo el hatillo que llevaba colgando de su lanza, hecha con madera de fresno, y esperó a que el otro llegara. Su atacante calculó experimentadamente la distancia y luego, avanzando una pierna para ganar apoyo, abrió los brazos con la intención de hacer bascular la cabeza del cayado primero hacia un lado y luego hacia el otro. Ese era el momento que el muchacho estaba esperando. Aunque había permanecido inmóvil, aparentemente asustado, se puso en marcha al instante: dio un paso justo cuando el comandante abría su guardia y avanzaba la pierna, saltó sobre su rodilla, se proyectó por encima de sus hombros con la levedad de una pluma, y, cayendo por su espalda, le tiró del pelo hacia atrás de manera que, en un respiro, lo dejó tumbado en el suelo cuan largo era aprovechando su propio peso. El filo de una pequeña daga brilló en su mano, alzándose sobre el cuello de su atacante. Estaba dispuesto a rematarlo sin más. Demasiado tarde comprendieron los mirmidones, helados todos por la sorpresa, que así finalizaba el combate, casi antes de haber empezado, y también la vida de su jefe.

La voz de Peleo bramó sobre los relinchos de su montura, de cuyas riendas tiraba con fuerza para frenar su galope.

—¡Detente, Aquiles, lo ordena tu padre!

El joven alzó el rostro como saliendo de un trance. Los soldados se apartaron, mirando con asombro a su rey y al

muchacho. Peleo entró corriendo en el cerco y llegó, casi sin aliento, hasta los contendientes.

—Ftía no necesita que degüelles a sus mirmidones, sino que los dirijas, hijo mío.

Un murmullo de asombro recorrió el corro de guerreros. El comandante se alzó del suelo fijando unos ojos enormes en el mozuelo que tan prestamente lo había vencido. Ya no había socarronería en ellos ni tampoco rencor, sino una admiración sincera.

—Si este es tu hijo, Peleo, será un honor servirle, pues al lado de un hombre de semejante temperamento solo es posible la gloria.

Ofreció su brazo a Aquiles y el muchacho lo estrechó por encima de la muñeca. Los gritos de júbilo de los mirmidones se elevaron al cielo. Al fin, después de años de espera, Ftía tenía heredero y ellos un general a quien seguir, aunque fuera hasta la muerte, porque a buen seguro que, en el mismísimo reino de las sombras, incluso Hades querría estar a bien con un guerrero tan intrépido.

Un sonido agudo, sin corte, mantenido al máximo, se alargó en el aire hasta callar a todos los presentes. Era el cuerno de aviso de los centinelas que vigilaban los caminos. Peleo volvió la mirada hacia su hijo con el aliento suspendido. El heraldo de Agamenón estaba allí.

∞

Ftía estaba de fiesta: el heredero había llegado. Peleo había decretado veinte días de celebración, con banquetes, juegos deportivos y ofrendas a los dioses. Música, risas y voces animadas resonaban por los pasillos del palacio llenándolo

de una alegría desconocida en ellos durante largo tiempo. Las cocinas trabajaban sin descanso asando carneros, cerdos y bueyes; los toneles de vino vacíos se amontonaban en los patios; los cantores, los malabaristas, los aedos hacían cola a las puertas esperando ser llamados. El salón de banquetes había permanecido cerrado desde el nacimiento del séptimo hijo del rey y solo había vuelto a abrirse con motivo del mismo protagonista. En medio de un caos bullicioso, esclavos y esclavas se afanaban arriba y abajo para abastecer permanentemente las mesas de vino y aves de caza, huevos, aceitunas, queso, alguna gran pieza de carne asada; todo aquel que pasara por allí se sentaba a comer y a beber en un continuo festín.

En el transcurso de las pruebas atléticas, el pueblo mirmidón había tenido oportunidad de admirar la destreza de Aquiles, la agilidad de sus piernas, su puntería tan certera y su asombrosa fortuna a la hora de conseguir el premio que estuviera en lid, de manera que, en los juegos de equipo, todos querían estar a su lado. Tan competitivo era su carácter que, al plantearse un concurso de cantores durante un convite, él quiso intervenir un momento y resultó que era un maestro del canto y de la lira, cuyas cuerdas tañía con una madurez impensable para sus dedos bisoños y su corta experiencia en la vida.

Aun así, nadie notaba feliz al rey, porque su hijo no lo estaba tampoco. El heraldo de Agamenón había sembrado una semilla fatal en el ánimo de Aquiles. Cuando entraba en el salón, todos lo saludaban y le deseaban larga vida y que su brazo siempre fuera fuerte, felices de celebrar a su salud, sin embargo, él comía y bebía con rapidez, molesto por el alboroto, y escapaba enseguida, intentando pasar inadvertido.

Vigilando desde las murallas, su padre lo veía dirigirse al acuartelamiento del ejército, donde pasaba las horas departiendo con los soldados y con sus jefes, consciente de que tenía mucho que aprender antes de ponerse al frente de ellos. Otras veces, asimismo, lo observaba vagar meditabundo, a menudo en dirección al mar, en busca de su madre —imaginaba el rey—, que no se había pronunciado desde que llegara.

—Habla con él, esposa mía —murmuraba Peleo para sí al ver a su hijo tan ensimismado—. Hazle saber qué le depara el destino para que se haga responsable de ello, pues, de lo contrario, lo perderemos también.

Sus palabras no se extraviaban en su camino a Tetis, sino que llegaban fuertes y claras. Si la nereida no se manifestaba era porque temía precipitar la decisión de Aquiles. A desgana aceptaba que Peleo estaba en lo cierto.

ooo

Lo llamó a la costa con una brisa suave. Siguiendo las caricias maternales que sentía en el cabello, Aquiles bajó a la playa, ataviado con ropas propias de un príncipe —que le incomodaban—, y continuó hasta el extremo de la ensenada, donde las rocas protegían una entrada de mar. La blanca figura de Tetis emergía de las aguas cuando él llegó. Se abrazaron cariñosamente, mientras la madre acariciaba la melena dorada de su hijo, igual a la suya, y él suspiraba con la cabeza echada en su hombro, pues hacía mucho que la esperaba en medio de la ansiedad. Luego ella lo separó para admirarlo, orgullosa del bello fruto de su vientre. A sus ojos no era un futuro caudillo de hombres, sino solo un muchacho.

—Sé lo que te aflige. Tu padre ha dispuesto grandes celebraciones en tu honor y tú solo piensas en Troya.

—Me apena causarle dolor al abandonarlo. Ahora bien, si está decretado que esta guerra ha de ser y que los griegos no la han de ganar sin mi ayuda, debo acudir, porque, si no acudo, caerán por miles y sus tierras quedarán desiertas de brazos capaces y a merced de la desgracia.

Viendo que pretendía echarse a la espalda la ventura de todos los helenos, su madre empezó a explicarle:

—El destino es una urdimbre compleja de la que cuelgan hilos desligados. Hay momentos en que una decisión puede decantarlo hacia un lugar o hacia otro. Tengo por cierto, pues potencias excelsas me lo han revelado, que te encuentras en la encrucijada que decidirá el sentido de tu existencia y la de muchos otros: si marchas a Troya, llevarás a cabo grandes gestas que te darán gloria inmortal, pero morirás allí prematuramente, de manera que los hombres recordarán tu nombre durante eones; si te quedas en tu casa, vivirás una vida larga y tranquila, verás medrar a tus hijos, prosperará tu reino y tú morirás viejo, rodeado de quienes te habrán querido, de manera que solo ellos te recordarán y, cuando se vayan, también desaparecerá tu nombre. Si optas por un camino, unos viven y otros mueren; si optas por el otro, cambian las tornas. Nada está decidido todavía.

Aquiles suspiró y luego se sustrajo de la mirada de su madre, abrumado por la gravedad de la situación. Dándole la espalda, se alejó mientras se apretaba las manos, pero no tardó en volverse de nuevo hacia ella.

—Los troyanos no me han hecho ningún mal, pero son guerreros hábiles y feroces que guardan tierras de riqueza

exuberante a la orden de magníficos héroes. ¿Cómo puedo faltar en el ejército que va a chocar con ellos? ¿Cómo dejar que otro me arrebate el mayor momento de gloria que jamás se haya conocido?

Al ver la luz que brillaba en sus ojos, la energía que animaba su cuerpo cuando hablaba de ese modo, Tetis sintió el corazón dolorido. Su hijo no dudaba sino que había escogido hacía tiempo y solo le frenaba el sufrimiento que pudiera causar a sus padres. Aquiles ya estaba en la guerra.

—Si esa es tu decisión, me tendrás a tu lado —dijo, sintiendo que esas palabras le secaban la garganta—. Únicamente te pido una cosa: los troyanos tienen gran devoción por Apolo y muchos de los hijos del dios arquero habitan en aquellas tierras. Respeta sus posesiones y a sus descendientes, pues no existe poder en el universo que yo pueda conjurar para protegerte de él.

Aquiles se sintió aliviado al recibir la bendición de su madre. Quiso abrazarla, pero vio que ella sufría, desgarrada por dentro, y se contuvo. Cogiéndola de la mano, le dijo:

—Si el destino deja hilos sueltos, me descolgaré por uno de ellos.

Tal diciendo, se separó de ella y corrió al palacio habiendo recuperado su determinación. Su madre lo observó alejarse entristecida por la consciencia de que la mezcla de pasión e ingenuidad que bullía en él era una combinación volátil que tanto podía llevarlo a proezas insignes como a crueldades inenarrables. Aquiles, su amado hijo, era una fuerza imposible de gobernar.

2

Generales orgullosos

Los tambores trepidaban resonando en las calles de Lirneso, por las que se entrecruzaban caóticamente mujeres, niños y ancianos arrastrando provisiones y enseres queridos en dirección a la ciudadela del rey Mines. En lo alto de las murallas, flanqueado por sus arqueros, el monarca observaba la salida de sus tropas por las puertas de la ciudad, frente a las cuales iban formando una gruesa línea de defensa. Estaban preparados para la batalla desde que llegara la primavera, y con ella, las noticias de que los griegos —a quienes llamaban aqueos en conjunto como si todos procedieran de Acaya, aunque venían de muchas tierras— saqueaban Antandro, Tebas Hipoplacia y finalmente Adramitio, en la costa.

Nunca había dudado Mines de que acabarían llegando. Los aqueos habían pensado que Troya caería al primer asalto y, sin embargo, se habían encontrado con una fortaleza levantada por la mano de dioses que rechazaba el asedio con

facilidad y los obligaba a continuas retiradas. Aunque habían cruzado el mar Egeo por millares, se veían superados en número de combatientes por los troyanos y todos sus aliados. Cierto era que el caudillo troyano, el buen rey Príamo, era un hombre anciano que no podía empuñar las armas, pero lo rodeaban cincuenta hijos, el mayor de los cuales estaba al frente del ejército, el formidable Héctor. Como Troya no tenía problemas de abastecimiento, ahorraba sus fuerzas y solo se arriesgaba al combate en ocasiones bien escogidas. Pronto los invasores se vieron en aprietos puesto que carecían de provisiones suficientes y tuvieron que dispersarse y recurrir al saqueo en tierra y al pirateo en el mar. Su dispersión había ayudado a que los defensores se repusieran y, así, la guerra había llegado a prolongarse durante años mientras cada contendiente esperaba el desgaste del otro.

El rey de Lirneso había conservado la esperanza de que la llegada de los primeros fríos salvaría la ciudad al forzar el retorno de los aqueos a su campamento, en el norte, puesto que preferirían pasar el invierno con el grueso del ejército antes que por su cuenta en tierra desconocida. No imaginaba que sus conquistas iban a ser tan rápidas y que en pocas semanas los tendría a las puertas. Ahora, al verlos moverse por el terreno para enfrentarse a sus tropas, comprendía el motivo de semejante avance. Aquellos soldados acorazados de negro, a quienes llamaban mirmidones, eran veloces como el rayo y sus falanges se desplazaban como un único cuerpo detrás de su jefe, el temible Aquiles, que corría el primero a distancia. Mines olía el miedo de sus hombres desde el camino de ronda. Como el enemigo casi estaba ya a tiro de arco, dio la señal y cientos de arqueros

tensaron a un tiempo sus armas y apuntaron sus dardos hacia el sol.

Trotando sobre el polvo con sus hombres a la zaga, vistiendo la armadura y el casco de alta cresta que había heredado de su padre, Aquiles vio el brillo de las puntas de bronce sobre el parapeto de la muralla. Abajo, los de Lirneso habían formado un muro de escudos y habían avanzado sus lanzas, pero reculaban sin apenas darse cuenta, presas del pánico, de manera que la línea defensiva se resquebrajaba aquí y allá. Años atrás, cuando asumió el mando del ejército de Ftía, se había dado cuenta de que las tropas de mirmidones eran potentes pero pesadas. Su primera decisión fue invertir sus formaciones, poniendo en la primera línea a los guerreros más ligeros y diestros, mientras que los más robustos —que también eran los más lentos— quedaban atrás. En una combinación de fuerza y liviandad, sus falanges no chocaban con el enemigo y lo empujaban, sino que volaban por el campo de batalla, tomando al otro por sorpresa; de manera que sus primeras líneas le pasaban literalmente por encima y las últimas lo aplastaban. Los mirmidones eran imparables en campo abierto e imposibles de contener por ninguna fortificación, pues sabían abrirse paso por cualquier resquicio.

Alzando la espada, Aquiles indicó a sus tropas que redoblaran la carrera para alcanzar al enemigo tan rápidamente que los arqueros no pudieran disparar más que la primera andanada por temor a herir a los suyos. Mientras apretaban el paso, los guerreros negros lanzaron un rugido fiero y prolongado que heló la sangre de los defensores, que veían cómo se les echaban encima desde detrás de sus escudos.

En la muralla, Mines tenía plena conciencia de que estaba muerto y su ciudad perdida, y que ya solo podía rogar la misericordia de los dioses para las mujeres y los niños.

∞

Como el ejército troyano limitaba los ataques, los invasores tuvieron la oportunidad de construir un inmenso campamento a lo largo de la orilla, entre los cabos Sigeo y Retio, con aspecto semejante al de una ciudad, con calles e incluso un ágora. Las embarcaciones estaban varadas en la playa y dispuestas en cuatro grandes hileras paralelas que se alzaban por la pendiente en gradería. Las flotas de los diversos pueblos se alineaban en el orden de desembarco, divididas según ciudades o jefes, y separadas por rutas transversales que llevaban de la tierra al mar. Las naves se habían alzado sobre lechos de piedras y puntales de madera para que no les perjudicase la humedad del suelo. Junto a ellas, que servían de baluarte, se levantaban las tiendas de los jefes, en primera línea de su tropa, y los barracones de los soldados.

Habían tenido tiempo de proteger la posición con un terraplén, que en los últimos años se había reforzado con un muro de piedra, detrás del cual quedaba un foso. La columna de mirmidones entraba sin prisas por el acceso principal. Volvían exhaustos, pero satisfechos, con sus carros abarrotados de preciosos botines. Muchos helenos habían acudido a recibirlos lanzando aclamaciones jubilosas y admirando la belleza de las mujeres que traían cautivas, ya que pronto, en asamblea, se repartiría el botín entre todos, como era costumbre.

Por haber desembarcado muy pronto, los cuarteles de Aquiles se encontraban en la primera fila de tierra adentro,

de cara a Troya. Los mirmidones habían construido para su caudillo una verdadera casa residencial con las paredes de lona apuntaladas mediante vigas de abeto y un techado de frondoso cañizo recogido en la pradera, con graneros y establos para los caballos y el ganado capturado, y estancias para los esclavos. A la entrada había un gran patio cerrado por una empalizada. Tras dejar a sus hombres en las barracas, Aquiles ordenó a su auriga que condujese el carro a la tienda de Agamenón, que se encontraba junto a la vasta explanada del ágora, cerca de la orilla.

El poderoso soberano, comandante en jefe del ejército griego, lo recibió en el salón que había dispuesto para sus audiencias más reservadas, donde había colocado para sí un sitial elevado que lo hacía aún más grande, aunque no le hiciera falta, pues podía compararse con una montaña por su corpulencia. Tenía brazos vigorosos, piel morena, barbas y cabellos negros y encrespados, parecidos a los de un joven Zeus. Sus ojos eran pequeños y muy claros, y, enmarcados por su ceño a menudo arrugado, daban fe de que su mente barruntaba cosas insospechadas por quien tenía delante. A su lado solía hallarse el hombre en quien más confiaba, el anciano Néstor, rey de Pilos, un hombre bregado en mil batallas que seguía dirigiendo sus mesnadas desde su carro, pues su avanzada edad ya no le permitía luchar. Tampoco faltaban el adivino Calcante, de larguísima barba blanca y un tocado en la cabeza, y una corte de consejeros.

—¡Por mar y por tierra, una tras otra, más ciudades de las que puedo contar con las manos ha conquistado y destruido Aquiles, y sus riquezas ha traído aquí para el bien común! —exclamó exultante ante los principales que allí se encon-

traban—. Yo os pido, amigos, que le otorguemos una corona de olivo en premio a sus victorias.

Solo entonces el Pelida —como se referían a Aquiles por ser hijo de Peleo— se quitó el casco. Tras años de guerra, había perdido la delicadeza juvenil, su cuello se había vuelto ancho y robusto, la nariz, casi aguileña sin llegar a serlo, la media luna de las cejas, rota por más de una herida. Pero la pasión seguía ardiendo en su mirada y parecía que iba a lanzarse adelante en cualquier momento como un león fiero, agitando su espesa cabellera de oro. Néstor admiraba ese fuego, como el día en que había ido a llamarlo a Ftía, y prevenía a Agamenón de que no lo provocara. Aquiles habló, como solía, con palabras desenvueltas que solo a él le toleraban.

—Guarda la corona, pastor de pueblos, y reserva tu gratitud para la asamblea en que decidiremos el destino del botín. De todo lo que he traído, sé qué presente será más de tu agrado.

Adelantándose hacia el rey, dejó en el suelo un saco basto y apelmazado por la sangre, que abrió para mostrar la cabeza cercenada de un adolescente con el rostro congelado en una mueca espantosa. Calcante se acercó al despojo y, después de examinarlo, dirigió hacia el soberano un gesto afirmativo. Agamenón se alzó de su asiento, sintiéndose magnífico.

—Oh aqueos, faltaréis vilmente a la verdad si decís que Aquiles no es el mejor de nosotros. He aquí a Troilo, el menor de los hijos del rey Príamo, de quien proclamaba el oráculo que su ciudad jamás caería si lograba alcanzar la edad de veinte años.

Un murmullo admirado se oyó en la reunión, sin embargo, Aquiles no parecía complacido. Ahogó por completo el sentimiento que corría entre los presentes al decir:

—De todos sus encargos, este es el que más me ha repugnado.

Despidiéndose con un breve gesto, abandonó la sala sin pedir permiso. Agamenón se quedó de pie y con la palabra en la boca, sintiendo que le hervía la sangre, pero se contuvo ante los demás. A pesar de la valía de Aquiles, era para él el más odioso de sus aliados, amante de la disputa y continuo buscador de pendencias. Tarde o temprano le llegaría la ocasión de resarcirse de sus jactancias. Afuera, el Pelida subió a su carro, meditabundo, y el auriga fustigó los caballos. Al cruzar la amplitud del ágora, pasaron frente a los altares de los dioses que se alzaban a un lado y el guerrero sintió un escalofrío al contemplar el que estaba dedicado a Apolo.

De camino a sus cuarteles, Aquiles no veía los barcos, las calles del campamento, las hogueras frente a las tiendas, porque no podía ahuyentar de su mente las imágenes de la caza de Troilo: los exploradores que le anunciaron a orillas del Escamandro que habían avistado una partida troyana; el descubrimiento de que era una comitiva real y en ella se encontraba un hijo de Príamo —el menor—, quien, cediendo a la temeridad, había salido a campo abierto para ejercitar sus corceles; el acecho, la emboscada, la persecución que se había iniciado al intentar la huida el muchacho; cómo, finalmente, este había logrado refugiarse en un santuario del dios arquero, creyéndose a salvo, pero a Aquiles no le importó, sino que entró a buscarlo y allí, ante el altar, lo decapitó. Había cumplido la orden no tanto por obediencia como

porque no podía soportar el fracaso. Había matado a aquel tierno muchacho a pesar de saber el precio que pagaba con ello, pues, según le había dicho Calcante, se afirmaba que en realidad Príamo no era su padre, sino que la reina de Troya, Hécuba, lo había dado a luz después de yacer con Apolo.

∞

Los mirmidones habían despejado un espacio para entrenarse junto a sus tiendas. Allí pasaba el Pelida Aquiles sus muchas horas de ocio compitiendo en carreras con sus soldados, ejercitándose en el lanzamiento de pesos y jabalinas, y en el tiro con arco, practicando la lucha libre y el pugilato. Su mayor placer, con todo, era la lucha con armas, pero, como ninguno de sus hombres osaba ponerse al otro lado de su espada ni siquiera como juego, solo podía practicar con quien tuviera total confianza, como su primo Patroclo.

Algunos años mayor que él, Patroclo era el hijo del rey de Lócride y vivía desde joven en Ftía exiliado por culpa de un delito de sangre que había cometido atolondradamente. Se había convertido en el más estrecho compañero del caudillo de los mirmidones hasta el extremo de que nadie podía decir que gozaba con Aquiles de la misma intimidad. Hábil con la espada y de movimientos livianos a pesar de su robustez, igual que el hijo de Peleo, era el único que se atrevía a medirse con él en la arena de entrenamiento sin temor a salir herido, de manera que sus estilos de combate se habían vuelto cada vez más semejantes. Quizá se debía —murmuraban algunos— a que Aquiles era enteramente otro, mucho más blando, cuando luchaba con Patroclo y que, más que pelear, parecía que danzaban.

Acababa de tumbarlo en la arena con un movimiento de engaño tras el que había logrado acercarle el filo de la espada al cuello cuando una visión le perturbó: descendía por la calle, con fuerte escolta de griegos, una comitiva enemiga encabezada por un sacerdote de cabello y barba encanecidos, que portaba un báculo dorado cubierto con el laurel de su dios, Apolo. Iban tras él carros repletos de tesoros. Aquiles reconoció que era Crises, a cuya hija había raptado al saquear su ciudad y luego había cedido a Agamenón en honor a su dignidad real. Viendo que el séquito se alejaba en dirección al ágora, ayudó a incorporarse rápidamente a Patroclo y le dio orden de seguirlo e informarle de lo que aconteciera.

El general de los aqueos esperaba a Crises en la explanada, rodeado de sus jefes y de mucha tropa. Presentándose ante ellos, el sacerdote les dirigió una súplica:

—¡Pastor de pueblos y demás aqueos, ojalá los dioses de las olímpicas moradas os concedan el cumplimiento de los planes que os han traído aquí! Vengo a pediros que me devolváis a mi hija Criseida a cambio del rescate inmenso que os traigo. Hacedlo en honor de Apolo, el dios arquero, pues no os conviene ofenderlo si pretendéis regresar a casa.

Los hombres allí reunidos aprobaron sus palabras, pues las vieron buenas y justas, y algunos pidieron a voces que se le complaciera. Solo el rey Agamenón mantenía un gesto irritado que las exhortaciones de los suyos agriaban todavía más. Había instalado a Criseida cómodamente en su tienda, pues la prefería antes que a la esposa de su juventud, Clitemnestra, porque la superaba en figura y en talla, así como en juicio y en desenvoltura. Por ello se alzó de mala manera y vociferó:

—¡No voy a liberar a tu hija, viejo, sino que pienso llevármela a mi palacio, allá en mi patria, para aplicarla al telar y compartir mi lecho! ¡No me provoques con tu presencia! ¡Vete y que no te encuentre yo nunca más en estos barcos, no sea que no te socorra el báculo que llevas ni tus ínfulas divinas!

Aquellas terribles palabras hicieron el silencio. El sacerdote, asustado, retrocedió hasta sus carros, pero al alcanzarlos vio que no se los devolverían. Así, se fue por donde había venido, mucho más ligero de carga, pero con el ánimo hundido.

∞∞

Tras la puesta de sol, los griegos fueron apagando las hogueras que ardían fuera de las tiendas antes de recogerse a su interior, dejando solo los fuegos que marcaban el perímetro defensivo y los puestos de guardia, porque todas las noches se levantaba una brisa del mar que tenía peligro de incendiar el campamento.

Dentro de las paredes inconstantes de su alojamiento, Aquiles esperaba la cena mientras limpiaba sus armas sentado frente al brasero que agonizaba. La suya era la tienda más austera de todos los jefes, con apenas unos pocos muebles y algunos arcones con ropas y enseres, puesto que el Pelida no entendía de lujos. Una mano suave descorrió las telas de la entrada. La esclava Briseida apareció con una escudilla de estofado y un pedazo de pan. Aquiles la buscó con la mirada, pero ella lo rehuía. Admiraba su piel brillante, aterciopelada, que se sonrosaba en sus carnosas mejillas; tan bella como una diosa —pensaba él—, con aquel cabello radiante y salvaje. Ella le alargó el plato con la cabeza gacha, mientras preguntaba.



Aquiles admiraba a la esclava Briseida, su piel brillante, tan bella como una diosa.

—¿Es cierto lo que se dice? ¿Crises, el hermano de mi padre, ha estado hoy aquí para pagar el rescate de mi prima?

Aquiles la tomó del brazo ignorando la escudilla. Había un taburete al otro lado del brasero y allí la hizo sentarse.

—No tengo hambre —le dijo, dejándole el estofado. Briseida lo miraba de reojo sin tocar la comida. El sabroso olor le movía las tripas y la visión de la carne abundante la mareaba. Aquiles pellizcó un trozo de pan—. Nada más que esto tomaré a cambio. Te doy mi palabra.

A pesar de la brutalidad de aquel hombre en el campo de batalla, la esclava sabía que había honor en él. Lanzando un suspiro de agotamiento, se puso a comer mientras su amo seguía preparando sus armas en silencio. Cuando hubo saciado la peor parte de su necesidad, Aquiles le dio vino, que ella bebió con gusto. Solo entonces le explicó lo sucedido con Agamenón, el rescate ofrecido, el rechazo del pastor de pueblos.

—Acude a consolar a tu prima, si lo deseas —le dijo al final—. Daré orden de que se te permita andar libremente por el campamento.

Ella dejó de comer, con las mejillas súbitamente enrojecidas, los ojos encendidos de ira. Tirando el plato al suelo, se levantó y se encaminó a la puerta, pero Aquiles, siempre veloz, la agarró del brazo antes de que saliera. Consciente de que no podía escapar si él no lo permitía, Briseida no pudo contener las lágrimas, que resbalaron por sus bellas mejillas como un torrente mudo.

—No tengo ninguna intención de causarte más sufrimiento, lo has visto sobradamente —dijo él, con voz suave—. No llores, te lo ruego.

—Lloro ahora, porque no me permitiste llorar cuando atravesaste con tu lanza a mi marido, el buen Mines, e inmolaste a mis tres hermanos, ni cuando desolaste la hermosa Lirneso y luego mi padre se ahorcó, víctima de la amargura y la desesperación. —La pesadumbre de Briseida dejó a Aquiles sin respuesta. Ella se deshizo fácilmente de su mano, porque él ya no apretaba, y, al verse libre, recuperó su singular bravura—. Que se guarde Agamenón de su orgullo, pues los insultos que ha derramado sobre Apolo no caerán en saco roto. Bien sabe Crises que no hay mejor momento para dirigirse a los dioses que cuando los mortales se niegan a escuchar.

La mujer salió de la tienda, dejando a Aquiles inquieto, pues no dudaba de lo certero de aquellas palabras.

∞

La brisa nocturna se encrespó hasta convertirse en un viento feroz que zarandeaba los barcos y las tiendas, y asustaba a las bestias en los establos a través de la noche tenebrosa, donde espesos nubarrones habían extinguido el velo plateado que la luna tiende sobre las cosas del mundo. Pocos griegos dormían, y Aquiles menos que nadie, puesto que, echado en su cama, creía oír un silbido que se distinguía del zumbido de la ventisca, similar al silbido de las flechas que vuelan en el campo de batalla. Sonaban aquí y allá, de forma espaciada, seguidas de tanto en tanto por chillidos de animales.

Al día siguiente, después de un sueño intranquilo, los aqueos salieron de sus casetas y vieron que, en todo el campamento, las mulas habían muerto en sus cuadras por haber contraído una peste repentina y que los perros se habían

retirado a expirar en rincones recogidos, víctimas del mismo mal. Quemaron sus cuerpos por centenares a las afueras. Al final de la mañana algunos hombres comenzaban ya a sudar y a desmayarse ardiendo de fiebre. Tardaron pocas horas en fallecer en medio de ataques de tos sangrienta. Quienes los habían cuidado o estado en la misma estancia pronto cayeron también enfermos. Por la noche, las fogatas se habían convertido en piras funerarias.

Por espacio de nueve días hizo estragos la epidemia en las filas griegas y sin pausa ardían densas montañas de cadáveres, sin que hubiera tiempo de dedicarles las ceremonias fúnebres habituales. El viento se alzaba cada atardecer, extendiendo la fetidez por todas partes, y cada día amanecía con más dolientes y nuevos fallecidos. Como todos pasaban las noches en vela, encerrados en sus tiendas, eran muchos los que decían oír silbidos de dardos que atravesaban la oscuridad e incluso chasquidos siniestros de la cuerda de un arco. Sin embargo, por la mañana no se hallaba rastro alguno de saetas, sino solo los muertos.

Cuando la aurora extendió sus dedos por vez décima, Aquiles convocó a toda la hueste a una asamblea. El ejército de los aqueos en pleno, con sus jefes a la cabeza, se congregó en el ágora, anegando las calles cercanas en todas las direcciones. Presidía Agamenón con sus consejeros, y a su lado, su hermano Menelao, el marido afrentado, igual a él en majestad y reciedumbre, aunque de menor envergadura y de aspecto menos rudo.

Tomando la palabra, pues era él quien los había llamado, Aquiles pidió que se consultase a quien tuviera conocimiento de tales cosas si era una plegaria o una hecatombe lo

que podría aplacar la plaga inicua que los diezmaba. Habló así, nebulosamente, callando por prudencia lo que en verdad sospechaba. Después de su intervención, las miradas se concentraron en Calcante, que era tenido por el mejor de los que interpretaban las señales de los dioses. El adivino se mostraba remiso a hablar, aunque, al mismo tiempo, a nadie escapaba que tenía mucho que decir. Aquiles le rogó que declarase lo que sabía y prometió que nadie le pondría las manos encima, aunque fuera el más poderoso de los aqueos, mientras él tuviera los ojos abiertos sobre la tierra. Con ese ofrecimiento, el vidente recobró el coraje y, levantándose, se dispuso a revelar su vaticinio.

—No es una plegaria ni una hecatombe lo que los dioses echan de menos. Esta peste nos la envía Apolo, que está resentido por el mal trato que se ha dado a su sacerdote y no retirará la mano que nos destruye hasta que la joven se haya restituido a su padre. Debemos devolverla junto al rescate y un sacrificio propiciatorio de cien veces su valor. Solo entonces podremos convencer al dios.

Al instante se levantó en su asiento elevado Agamenón con la sangre alborotada, tan alto y fornido que su sombra devoró al vidente, quien sintió helados los huesos al verlo estallar.

—¡Adivino de males, jamás has dicho nada grato! Ahora quieres persuadir a mi gente de que he obrado mal. Es cierto que tengo gustoso en mi casa a la hija del sacerdote y que es mi firme voluntad conservarla, pero, aun así, consiento en devolverla antes que permitir la ruina de los aqueos. —Un murmullo de alivio, y también de admiración, estremeció las filas de los congregados, pero entonces el general añadió,

recorriéndolas con la mirada—: Ahora bien, a cambio de mi sacrificio, exijo que me dispongáis enseguida otro botín equivalente en compensación del que me quitáis, porque no es justo que sea yo el único que quede sin recompensa, siendo el caudillo de todos los helenos.

Escuchándolo, Aquiles sintió una herida en el pecho. ¡Qué falta de nobleza, qué poca generosidad la de aquel hombre que se decía sin modestia el primero de los demás! Sin poderlo evitar, volvió a saltar a la arena y se dirigió hacia él con torva faz.

—Deja en libertad a esa joven y te resarciremos con el doble o el triple si el divino Zeus se digna concedernos la conquista de Troya.

Convencido de sus prerrogativas, el pastor de pueblos le respondió con lengua afilada:

—Muy bajo he caído si, al cabo de tantos años de lucha, triunfos y honores, me veo reducido a que príncipes petulantes escojan mis concubinas.

A su lado, el anciano Néstor lamentó aquellas palabras, que solo servirían para encender más a Aquiles. ¿Cómo detener aquella riña? El jefe de los mirmidones se había ido acercando a Agamenón para espetarle a la cara:

—Nadie se lleva presentes como los tuyos en el reparto, cuando la parte más dura de la batalla son siempre otras manos las que la soportan.

Viéndose desafiado públicamente, los ojos del comandante en jefe centellearon de ira. Aquel presuntuoso osado creía que no había poder alguno por encima de él. Podría mandar a otros, pero Agamenón de Micenas no estaba dispuesto a ceder a sus alardes.

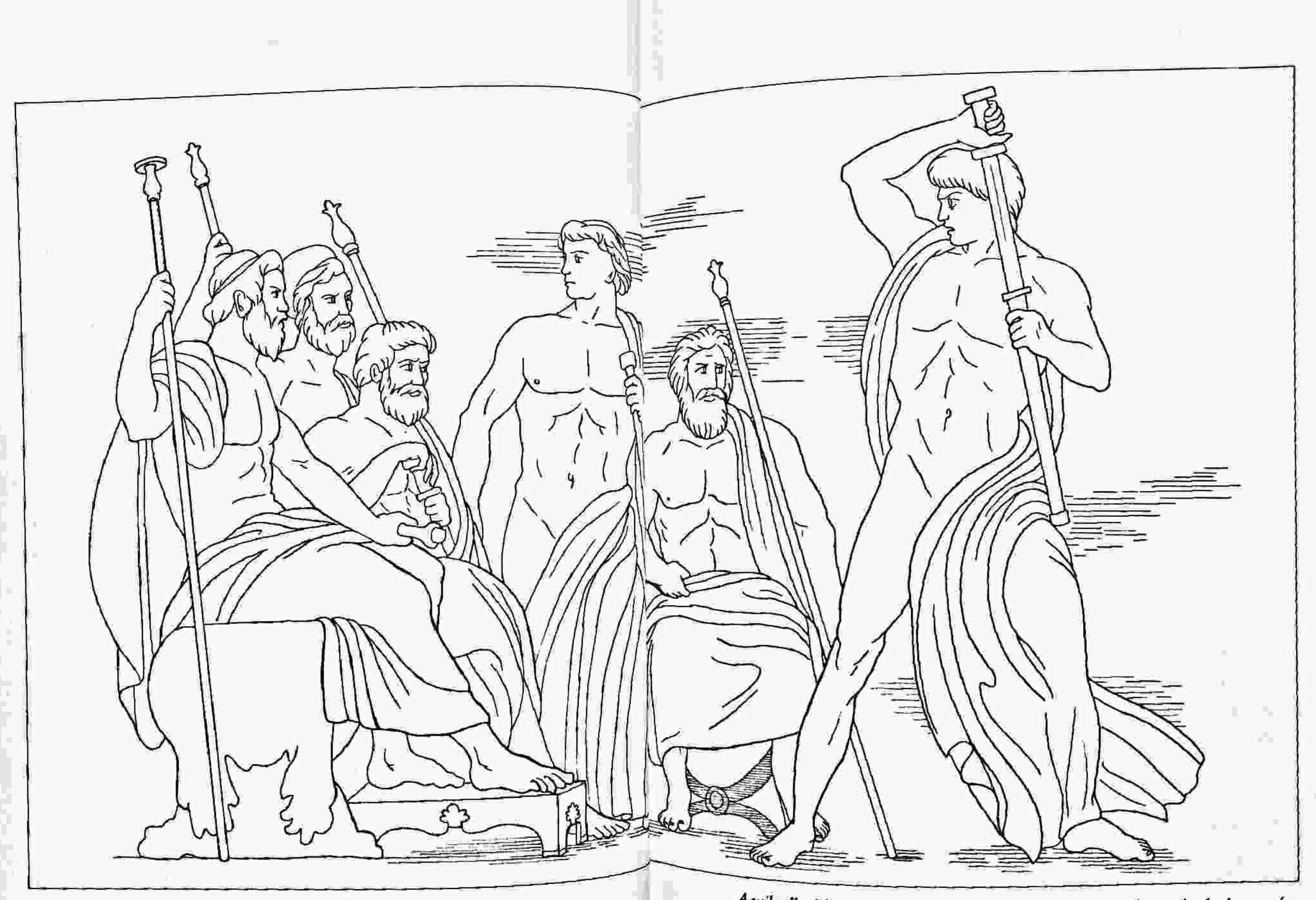
—Si la reunión de los aqueos no me da un botín conforme a mi deseo —dijo entonces—, iré a tu tienda y me llevaré a Briseida, la de las bellas mejillas, para que aprendas de una vez cuál es tu lugar en este ejército.

Un negro furor nubló la mente de Aquiles, que llevó su mano a la empuñadura de la espada, enteramente dispuesto a desenvainar su agudo filo y a hacerla vibrar hacia el corazón del rey de reyes. Néstor se levantó de su asiento, alzando las manos, pues sabía que a él nunca le haría daño. Todos quedaron asombrados de la acritud que había alcanzado la disputa, pues nadie dudaba de que, si no se apaciguaba la cólera de Aquiles, el gran Agamenón no vería el final del día. Fue tal vez un soplo divino el que habló en su oído para persuadirlo de que se contuviera. Como fuere, al final el Pelida soltó la espada y prefirió herir a su oponente de palabra.

—¡Soberano egoísta, que tienes cara de perro y corazón de ciervo! Te he seguido para ayudarte a recuperar la honra de tu hermano sin que jamás troyano alguno me hiciera ningún daño. Si me arrebatas lo que he ganado con mi esfuerzo, más me vale volver a casa que quedarme aquí luchando para procurarte riquezas solo a ti, deshonrado por tu avaricia.

De tal modo hablaba sin ser consciente de la gravedad de lo que decía, llevado por el furor, pero también cegado por la convicción de que el general de los aqueos no podía perderlo y de que, tarde o temprano, se retractaría de sus palabras. Pero el peso de sus propias amenazas cayó sobre él como un alud cuando el otro le respondió:

—Huye en buena hora, si el ánimo te lo pide, y reina tranquilo entre los tuyos, porque quedan bastantes héroes



Aquiles llevó la mano a su espada, dispuesto a clavarla en el corazón de Agamenón.

aquí para doblegar Troya cien veces. Yo liberaré a mi esclava y a cambio me llevaré a la tuya.

Aquiles se sintió desconcertado. El desafío que había lanzado le había sido devuelto y no era capaz de superarlo. No podía volver atrás.

—Rey devorador del pueblo, escucha mi solemne juramento: tan cierto como que las leyes de Zeus penden sobre nuestras cabezas mortales, te digo que no volverás a verme en el combate y que en vano me buscarás cuando las huestes de Héctor inmolen a los aqueos en masa.

Tras reñir así con opuestas razones, los dos se marcharon del ágora, cada uno hacia su alojamiento, ante el asombro de los griegos y la inquietud de Néstor, Menelao y el resto de los jefes. Se disolvió la asamblea en medio de rumores funestos.

Aquiles se encerró en su tienda, mientras Agamenón mandaba botar la nave más veloz con los veinte remeros más vigorosos. En ella embarcó a Criseida junto con una ofrenda en honor del dios. Apenas hubo zarpado, corrió por el campamento la orden de que todo el ejército se purificara. Luego se sacrificaron en honor de Apolo grandes toros y cabras hermosas junto a la orilla del mar, donde el olor de los huesos, las vísceras y la grasa de los animales ascendía al cielo enroscándose en el humo para aplacar al arquero eterno.

3

La ruina de los aqueos

Las dos filas acababan de chocar en medio de la llanura, a la vista de las altas murallas y torres de Troya, cuyas piedras claras refulgían al sol. Durante los primeros compases de la batalla, los griegos habían empujado con fuerza desde detrás de su muro de escudos, avanzando sus largas astas para buscar hábilmente con sus puntas los huecos en el frente troyano. La vanguardia de las dos líneas forcejeaba por el dominio del terreno, mientras que, desde la retaguardia, los lanceros aqueos y los arqueros troyanos, a uno y otro lado, cubrían el cielo con el fin de debilitar al oponente.

—¡Escudos arriba! —gritaban intentando hacerse oír en medio del caos los jefes al ver abatirse sobre ellos la lluvia de proyectiles.

Los troyanos eran muchos y bien preparados, siempre frescos. Luchaban con el ímpetu de quien defiende a sus mujeres y a sus hijos. Medraba la mañana y su muro no solo

no se quebraba sino que reculaba menos a cada acometida. Agamenón recorría la retaguardia sobre su carro contando cada vez más caídos en sus filas. Pronto la primera línea se rompería y les vendría encima el tropel de la hueste contraria. Sentía que algunos de los dioses no le eran favorables: después de discutir con Aquiles, un placentero sueño lo había despertado en medio de la noche y había metido en su cabeza la idea de que los troyanos estaban debilitados y que debía aprovechar para golpearlos porque los inmortales ya no discrepaban sobre el resultado de la guerra. Al amanecer, sin más pérdida de tiempo, había movilizado sus fuerzas, sin embargo, después de varios encuentros y duelos magníficos, los aqueos no avanzaban y ya había llegado al bando enemigo la noticia de que el mejor de ellos no luchaba.

Con la orden correspondiente de su general en jefe, la línea de los helenos se abrió para dejar paso a los carros que llevaban a sus mejores héroes, que se lanzaron endemoniados contra el frente contrario con Agamenón a la cabeza. Armado como Ares, el propio dios de la guerra, el general se asemejaba a Zeus en su porte y su mirada, y a Poseidón en la amplitud de sus espaldas. Al ver su acometida, los defensores sintieron pánico. Los carros lograron penetrar en la línea defensiva como la punta de una daga. Los frentes se deshicieron y se mezclaron, la batalla se volvió un tumulto.

Volaban las lanzas atrás y adelante, salpicando de sangre la arena; sonaba el crujir de los huesos, la rotura de cráneos, los gritos de dolor cuando las armas de filo oscilaban a uno y otro lado y, logrando el tajo, se teñían de rojo. Igual que en primavera dos hinchados torrentes que se despeñan por la montaña hacen chocar sus aguas, así se confundía el griterío

de las huestes combatientes, el chasquido de los arcos, el estallido metálico de las espadas cruzadas y de las lanzas que perforaban escudos, corazas, yelmos, dejando carne desgarrada, tripas y sesos esparcidos por el suelo.

Habiéndose apeado de sus carros, los grandes héroes de ambos bandos se abrían paso en la refriega sembrando mortandad en el enemigo. Por parte de los aqueos, se batían, entre otros, el gran Áyax de Salamina —primo de Aquiles—, el ingenioso Ulises de Ítaca, Diomedes de Argos —tan hábil como sañudo—, el hermano afrentado, Menelao, y el poderoso Agamenón... Guerreros furiosos, dañaban allá donde podían mientras buscaban a los jefes troyanos con el fin de descabezar su ejército. De aquel otro lado, los héroes eran familia del rey Príamo: el dárdano Eneas —su yerno—, y sus muchos hijos, entre los que se contaban Deífobo, Cebríones, Paris —que, siempre bien parapetado, se cobraba buenas piezas con sus flechas—, y sobre todo, el valeroso Héctor, el magnífico general de las fuerzas troyanas, a quien se podía distinguir por su casco con un penacho hecho con crines de caballo que infundía pavor al agitarse cuando acometía al enemigo al frente de sus huestes más escogidas. Tan rápido volaba a uno y otro lado y tan ágil movía su venablo que nadie se le podía acercar ni detenerlo y los hombres caían bajo sus lanzadas como si un alud los arrasara.

Los aqueos se veían ya rescatando los cadáveres de los caídos, acosados por el enemigo. Se agitaba rabiosamente Agamenón para apartar las armas astadas y las espadas que no le daban descanso, incapaz de alcanzar a ninguno de los jefes contrarios, y se convencía un día más de que la batalla no les sería propicia. A regañadientes se veía obligado a

aceptar que no tenía que haber reñido con Aquiles y que, si quería ganar la guerra, tendría que devolverle a Briseida y reparar su ofensa.

Al sur de allí, en el monte Ida, el soberano celeste Zeus tenía un bosque y un altar dedicado a su nombre. Cuando el sol llegó al cénit después de una larga mañana de matanza sin freno, el padre de dioses y hombres llegó hasta allí en su soberbio carro para contemplar el terreno que se extendía entre la ciudad de los troyanos y el campamento naval de los griegos, a apenas cuatro horas de distancia. Sentado en la cumbre, observaba con ojos centelleantes bajo cejas severas cómo los guerreros regaban con sangre aquella llanura que parecía hecha para el combate. No sabía decidirse: por un lado pesaba la reclamación de Tetis, que le había pedido que reparara la ofensa hecha a su hijo, y por el otro, las exigencias de su esposa Hera, contraria a los troyanos como lo era a la infidelidad y a las veleidades de la lujuriosa Afrodita.

Tiempo atrás, en un momento que parecía ya muy lejano, le había parecido que el mundo estaba demasiado poblado, motivo por el cual había favorecido, en lugar de entorpecerla, la cadena de acontecimientos que habían desembocado en aquella guerra. Pero ahora el Olimpo estaba dividido, lo mismo que los caudillos de la tierra, y él se sentía cansado de tolerar disputas en los altos salones de su morada. Pensaba decretar que, por el momento, aquel de los olímpicos que se atreviera a ayudar a alguno de los bandos sería arrojado a los abismos del Tártaro. Mientras el Pelida Aquiles no estuviera para desequilibrar las fuerzas en lid, el choque entre los mortales tendría ocasión al fin de resolverse de forma ecuánime.

¿A quién condenaría el destino en ausencia del guerrero de la profecía, a aqueos o a troyanos?

◇◇◇

Emplazada sobre una colina, la fortaleza de Troya se distinguía desde gran distancia. Solo era accesible por dos puntos fuertemente defendidos por sendas torres: las puertas esceas y las puertas dardánidas. Los demás accesos eran abruptos y poblados de bosque o simples portezuelas que se atrancaban fácilmente despeñando rocas desde el interior. Del otro lado, el suelo de la ciudad era irregular y montuoso, cortado por numerosas calles.

Apenas las esposas e hijas de los combatientes vieron que Héctor entraba por las puertas esceas, lo rodearon preguntándole ansiosamente por sus maridos, sus padres, sus hermanos. Como no podía responder a muchas de ellas sin sumirlas en el dolor, las exhortó a rogar a los dioses. Detrás de él volvía el ejército y las más afortunadas pronto se reunirían con sus parientes.

La acrópolis, rodeada de una alta muralla, formaba una majestuosa ciudadela, donde se comprendían los palacios reales y los templos de Hécate, Atenea y Apolo, y en el extremo más elevado, el de Zeus. El palacio de Príamo era un magnífico edificio soportado por columnatas y pórticos, con decenas de aposentos de mármol liso, adosados unos a otros, en los que habitaban los hijos e hijas del rey con sus esposas y esposos. Las residencias de Héctor y de Paris estaban separadas, pues el magnánimo monarca había querido que ambos príncipes tuvieran sus propias mansiones.

Héctor se apresuró a llegar a su casa y, entrando en el pórtico, vio que corría a buscarlo su esposa Andrómaca, la bella

hija del rey Eetión de Tebas, el cual había muerto a manos de Aquiles —junto a sus siete hijos— cuando aquel asoló las ciudades de Misia. Llevaba apretado contra el pecho al niño Astianacte, hermoso y despierto, semejante a una estrella. El padre lo contempló sonriente, mientras ella sollozaba a su lado, oprimiéndole la mano.

—¡Desgraciado, tu valor te perderá! —le decía—. Apiádate de tu tierno hijo y de mí, que temo que me hagas viuda cada vez que te vas. Si algún día he de perderte, preferiría que me tragara la tierra. Ningún consuelo me queda fuera de ti, eres mi padre, mi madre y mi hermano.

Héctor respondió cariñosamente a su esposa:

—Nada de eso olvido cuando salgo a batirme, pero habría de avergonzarme ante todos los que habitan en Troya si presenciara el combate desde la distancia. Tampoco me lo permite mi coraje, pues me enseñaron siempre a luchar en primera fila. Si alguno de los dos ha de perderse, prefiero ser yo. No hay sufrimiento que pudiera desgarrar mi corazón, ni aún la caída de esta bella ciudad, y con ella la de mi padre, mis hermanos queridos y su pueblo todo, como el de verte gemebunda, conducida a la esclavitud por un aqueo, forzada a servir a su antojo. ¡Que me consuma la pira antes de tener que oír tu llanto mientras se te llevan!

Tendió los brazos a su retoño, pero este se apretó contra el pecho de su madre, asustado por el flotante penacho y la suciedad de la batalla que cubría a su padre. Quitándose el yelmo y depositándolo en el suelo, el padre besó a su hijo y lo meció en sus brazos. Después elevó la mirada al cielo.

—Soberano inmortal Zeus y todos vosotros, eternos, haced que mi hijo sobresalga entre los troyanos, que reine con

justicia sobre la ciudad cuando le llegue el momento, y que de él se diga un día, cuando regrese de la lucha: «¡Es aún más valeroso de lo que fue su padre!».

En sus brazos, el pequeño Astianacte al fin sonreía.

◇◇◇

El viejo y sabio Anténor, el consejero del rey Príamo que abogaba infatigable por las soluciones pacíficas, había convocado un consejo de ancianos y jefes militares para celebrar una importante deliberación en el ágora, frente al palacio real. A pesar de sus últimas victorias, los varones más eminentes de Troya se sentían turbados. Todas las ciudades de sus aliados habían sido destruidas y los irrazonables helenos no parecían dispuestos a abandonar sus costas. Se levantó a hablar el prudente consejero.

—Por mucho que hayamos sufrido —dijo Anténor—, mientras sigamos luchando bajo el peso de una violación del derecho de gentes, nada bueno puede esperar nuestro pueblo. Por eso no oculto mi íntimo pensamiento y aconsejo que sea entregada Helena, con todos los tesoros que trajo de Esparta.

Contra él se alzó Paris al punto.

—Si hablas en serio, será que los dioses te han privado del juicio. Cuando llegué a Troya con Helena, nos recibisteis con sonrisas, nos disteis un palacio, nadie levantó testimonio alguno en nuestra contra. Y ahora ella es la causa de la guerra. No, nunca la entregaré. En cuanto a las riquezas que traje con ella, estoy dispuesto a restituirlas, y aún otras que añadiré de mi casa.

Héctor sentía el rubor acudir a sus mejillas al oír hablar a su hermano con enojo de enamorado, porque, aunque seguía

queriéndolo fraternalmente, le avergonzaba el desafuero que había cometido. Con todo, más le dolían las vidas de sus familiares y amigos caídos por la desmesura de los aqueos. La guerra había llegado a tal extremo de encono que era imposible creer en la buena voluntad de los aqueos; estaban allí para arrasar Troya. De aquella misma opinión se confesaron muchos en la asamblea, que estaba claramente dividida entre ambos pareceres. En la presidencia, el bondadoso Príamo, de venerable barba cana, escuchaba, sintiéndose el responsable de haber aceptado a Helena y no haberla devuelto en el primer momento, como le había pedido el consejo, con Héctor a la cabeza. Por eso la exculpaba y consideraba que había llegado a él por voluntad de los dioses. Como todos esperaban que declarase su dictamen, el viejo rey habló con tono conciliador:

—En primer lugar, mandad repartir la cena a la tropa y que se entregue al sueño reparador, pues bien lo merece. Mañana, al romper el alba, irá un heraldo a ver a los griegos para transmitir la oferta de mi hijo Paris. Si no llegamos a un acuerdo, Héctor, al frente del ejército, saldrá a buscarlos a sus propios barcos y, a menos que lo detenga un dios, los echará al mar por el que lamentarán haber venido.

Los notables troyanos aplaudieron estas palabras y enseguida se dispuso lo necesario para que se cumplieran. Sin embargo, nadie pensaba que los griegos fueran a aceptar la oferta, que incluso era menor en cuantía que las que se habían cruzado antes. No fueron pocos los que temieron, sin atreverse a decirlo en voz alta, que el enemigo viera en ello una muestra de agotamiento.

Al día siguiente, al final de la mañana, cuando Héctor recibió aviso de que regresaba el heraldo del campamento

enemigo sin prisa alguna, no necesitó esperar a escucharlo para saber la respuesta. Tras dar la orden de que la tropa se preparase, acudió a su casa para tomar sus armas: la magnífica coraza, fileteada con acero azulado y oro; el yelmo con crines de caballo; su espada en vaina de plata; su escudo, ricamente labrado, y dos poderosas lanzas de acerada punta de bronce. Cuando ya estuvo listo, fue a despedirse de su esposa y de su hijo. Andrómaca cayó a sus pies sollozando, mientras que Astianacte, en brazos de su nodriza, no parecía saber quién era aquel que le saludaba bajo la reluciente armadura.

◦◦◦

Los ríos Escamandro y Símois se unían en una única desembocadura no muy lejos del campamento aqueo. Griegos y troyanos combatían furiosos, unos y otros como lobos, sobre la florida pradera escamandria. Brillando como un rayo del soberano celeste, Héctor atravesaba las líneas helenas semejante a un segador que cruzase por un campo de trigo cortando la mies. Agamenón veía el penacho tremolante haciendo saltar torrentes de sangre por todas partes. En el ala opuesta, su hermano Paris atacaba de lejos con sus dardos traicioneros y se anotaba resultados funestos. El jefe de todos los aqueos avanzaba enfurecido en un intento de animar a los suyos a renovar la lucha.

Queriendo callar sus gritos y sus bravatas, fue a buscarlo uno de los hijos de Anténor: Ifidamante, un héroe fornido y valiente. Apenas se encontraron, cruzaron sus lanzas buscando el cuerpo del otro. El troyano desvió la punta griega con el escudo, mientras lograba pasar su pica a través de la defensa de su oponente. Sin embargo, solo la clavó en el cinturón

del rey, haciéndole nada más que un rasguño. Rápidamente asió Agamenón el asta atacante y, con un empellón brutal, la arrancó de la mano del otro y luego le atravesó el cuello con la espada que portaba en la izquierda. Ya estaba corriendo hacia allí Coón, el primogénito de Anténor, con la vista nublada de acerba tristeza al ver que el cuerpo de su hermano se desplomaba bañado de rojo. Llegando por el costado, clavó su lanza en el antebrazo del asesino con la fuerza de toda su pena. Se estremeció Agamenón a causa del dolor y el enojo; sin embargo, no perdió la calma, sino que, aprovechando la cercanía de Coón, lo buscó por debajo del escudo con su venablo y le atravesó el estómago de abajo arriba.

Mientras la sangre caliente estuvo borbotando de su herida, Agamenón siguió causando estragos en el enemigo, pero en cuanto empezó a enfriarse y a secarse la hemorragia, agudos dolores quebraron su ardor. Montando en su carro, ordenó al auriga que regresase a los barcos. El vehículo corrió a toda prisa, envuelto en una nube de polvo, mientras el rey oía los gritos de Ulises pidiendo ayuda, pues también había sido herido y se había quedado apartado, de modo que los troyanos, al ver manar su sangre, se arrojaban sobre él como hienas. Menelao y Áyax el Grande corrían a través de la masa en su auxilio.

Cuando Héctor vio que el comandante enemigo abandonaba el combate, se precipitó a la primera línea y gritó a los suyos:

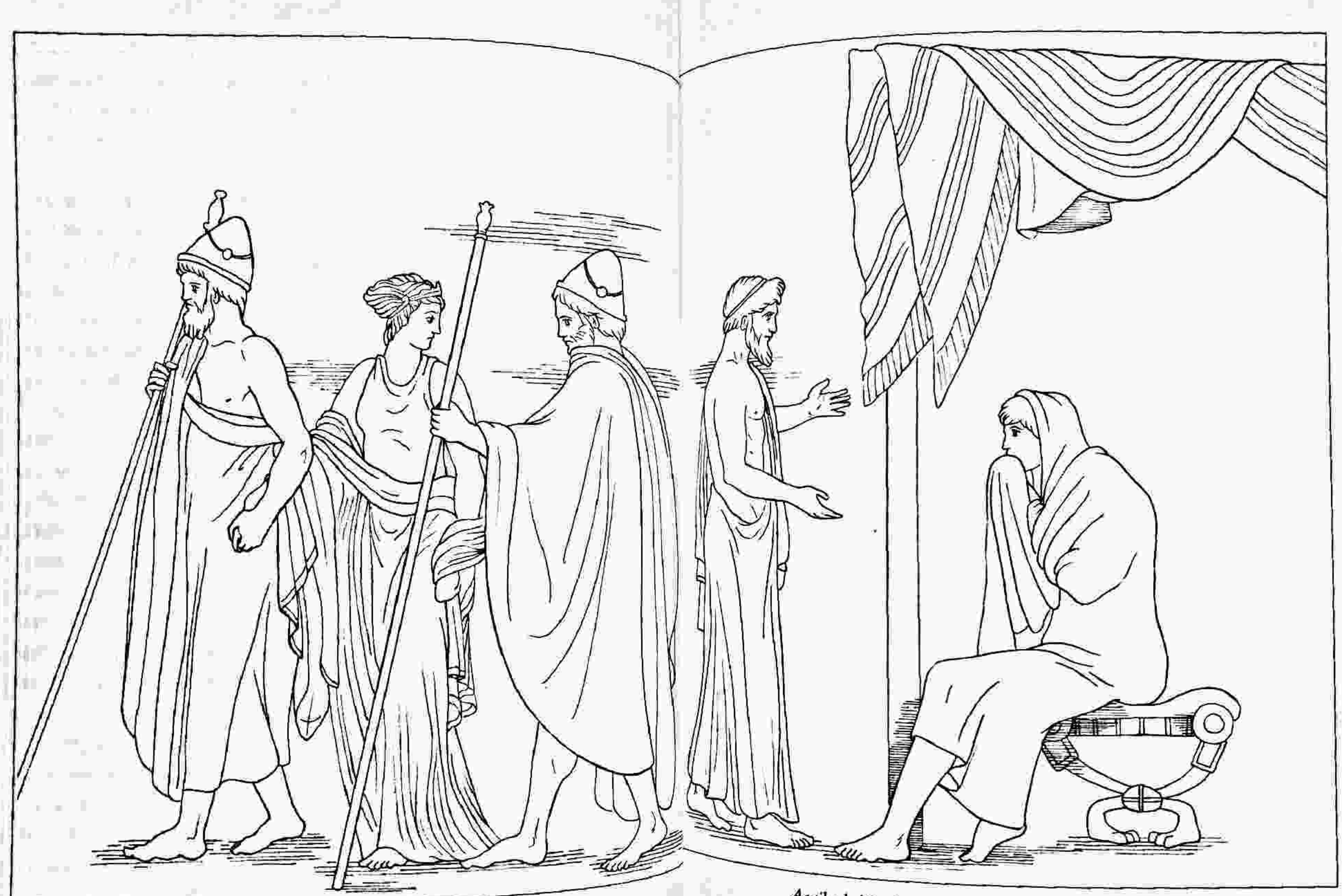
—¡Se retira el más bravo de los helenos! ¡Zeus nos concede una gran victoria! ¡Mostrad vuestro coraje! ¡Asaltad su muro, quemad sus barcos, que no pase de esta noche que los enviemos a todos a dormir eternamente en el Hades!

Profiriendo un estentóreo grito de guerra, las huestes troyanas se lanzaron contra los aqueos y se los llevaron por delante igual que un huracán que arrasara casas de barro.

◇◇◇

Durante más de nueve días, Aquiles había permanecido encerrado en sus aposentos. Sentado en el patio, cubriendo su enojo bajo su manto, que se había echado sobre la cabeza, había esperado a los enviados de Agamenón que venían a buscar a Briseida, pues el rey no se había dignado a ejecutar su dictamen en persona. Conteniendo la rabia con esfuerzos indecibles, había visto cómo se la llevaban a rastras, porque ella se resistía, mirando hacia él aterrada, imaginando que no podía esperarle un trato mejor que el que los mirmidones le habían dispensado. Tras quedarse solo, recordando con el corazón pesado el precioso rubor que encendía las mejillas de aquella mujer, esperó vientos propicios y buena mar para zarpar de vuelta a Ftía, sin embargo, cada día se levantaba peor que el anterior.

Ahora, de pie en la popa de su nave, contemplaba el desorden de la derrota y la fuga de los aqueos. Viendo pasar a muchos héroes heridos, había enviado a Patroclo a buscar noticias. Por él había sabido de las retiradas de Agamenón y de Ulises, que el troyano Paris había atravesado con una flecha el pie de Diomedes y había herido también al sabio médico del ejército, Macaón, cuyo talento para sanar a los hombres valía por cien héroes. Como su barco no estaba lejos del muro, veía que el fragor de la batalla se concentraba en torno a la entrada del campamento, de donde bajaban los aqueos atemorizados, apretujándose entre las naves para



Aquiles había visto cómo los enviados de Agamenón se llevaban a Briseida.

defenderlas una por una. Los troyanos cruzaban ya el foso, socavaban los pilares salientes de la muralla, se colaban por accesos y grietas, arremetían contra los barcos con el ímpetu de las olas embravecidas por la tempestad.

Llegó Patroclo a toda prisa con lágrimas en los ojos:

—¡No te enojes conmigo, nobilísimo héroe, pero tengo que decirte que la desgracia de los griegos pesa terriblemente en mi alma! Héctor pelea furioso, la espuma le sale de los labios, los ojos le despiden centellas. Cada troyano que va con él quiere ser el primero en prender fuego a las embarcaciones. Con Áyax al frente, los nuestros luchan alrededor de las primeras naves, pero ya muchos valientes yacen sobre la arena, heridos por flechas o estocadas. Si tu voluntad de no pelear sigue inexorable, envía al menos a los mirmidones para darles alivio. Deja que vista tu armadura para que el enemigo me tome por ti y su valor decaiga.

Aquiles le devolvió una mirada desgarrada. Le mortificaba la afrenta que había recibido, pero también se daba cuenta de que no podía continuar irritado y escondido para siempre. Aun así, no estaba del todo decidido a participar en la batalla en persona a menos que se aclarase su contencioso a su satisfacción en algún punto, por menor que fuera.

Las llamas se elevaron desde el primero de los barcos griegos. El Pelida sintió que un súbito peso le oprimía.

—¡Corre, noble Patroclo! —dijo a su amigo—. No sea que el enemigo se apodere de los barcos y nos traiga el desastre final. Ponte mi armadura y conduce a la pelea a nuestra aguerrida gente. Ataca con todas tus fuerzas, pero, óyeme bien: con Héctor no te atrevas. En cuanto hayas salvado los barcos, vuelve aquí.

La alegría transformó el gesto de Patroclo al escuchar aquellas palabras. No perdió más tiempo: marchó al punto a ceñirse las armas del hijo de Peleo.

◦◦◦

Los mirmidones llegaron a la batalla como un enjambre de avispas negras. Cuando los troyanos los vieron acercarse, el terror les atenazó y se produjo una terrible confusión en sus formaciones debido a que muchos se pusieron a buscar el camino que les permitiera escapar a la ruina en lugar de seguir luchando. Aquiles había desterrado de su alma el rencor y había salido de su tienda. Ahora volaba al frente de sus guerreros negros, como siempre, haciendo centellear su armadura plateada. Patroclo aprovechó aquel pánico para saltar en medio del tumulto que rodeaba el barco en llamas y disparó su lanza contra un jefe troyano, al que atravesó con tanta fuerza que la punta asomó por la espalda. Los hombres que lo rodeaban emprendieron la fuga al instante.

Estalló el caos por todas partes: algunos troyanos echaban a correr sobrecogidos de espanto, chocando con otros que aún nada sabían, al mismo tiempo que algunos griegos todavía aturdidos se mezclaban con los que se habían lanzado ya en persecución del enemigo. Con sus veloces piernas, parecía que Patroclo estaba en todas partes, infligiendo males terribles al contrario: perforaba cráneos, desgarraba entrañas, desparramaba sesos, anegaba el suelo con los torrentes negros que brotaban de la boca y la nariz de los soldados cuyo pecho traspasaba.

Héctor observaba la agilidad de sus movimientos y la grave desolación que dejaba a su paso, teniéndolo por el verdadero Aquiles sin albergar ninguna duda. Bien veía el general

troyano que la victoria se alejaba de su bando por culpa de su retorno. La batalla había dado un giro diametral. Si no se podía llegar más lejos, pensó, debería preocuparse de proteger y salvar a los suyos. Cuando el renovado empuje de los griegos se hizo ya irresistible, subió a su carro y, ordenando la retirada, cruzó el foso a todo galope de sus excelentes caballos. Las fuerzas troyanas le siguieron en desorden hacia la ciudad en velocísima fuga. Al ver que Héctor escapaba, Patroclo montó en el carro de Aquiles y excitó a su auriga para que fustigase los caballos, deseoso de alcanzarlo. A todo lo largo de su carrera por la campiña del Escamandro proseguía sus acometidas contra los enemigos que atrapaba con una furia tal que los mirmidones que iban detrás se veían ya pisando las calles de Troya.

Al llegar a las puertas esceas, Héctor ordenó al auriga que detuviera sus vigorosos corceles. Sus tropas regresaban a toda prisa por la llanura, acosadas por los aqueos, pero veía que estos les seguían en desbandada, olvidados de sus formaciones. Habían arrastrado al enemigo a su terreno, al campo de batalla que conocían, cerca del refugio de sus murallas. ¿Sería posible que, al final de aquel día cambiante, Apolo le concediera la mayor de las victorias? Enardecido por el anhelo de ver el fin de la guerra, mandó que lo dejaran pasar de vuelta al combate y, ante los ojos admirados de sus soldados, fue derecho a buscar a Patroclo, desdeñando a todos los demás, seguro de que era el divino Aquiles, hijo de Tetis y Peleo, de quien decía el oráculo que, sin él, jamás caería Troya.

4

La sangre de los héroes

El sol poniente se sumergía en el mar e inflamaba de escarlata la bóveda celeste mientas el cuerpo de Patroclo yacía en brazos de Menelao, apenas una masa rojiza destrozada por las muchas lanzadas que lo habían mancillado rencorosamente tras su muerte. El rey de Esparta lo tendió en una litera en el patio del caudillo de los mirmidones. Estaba desnudo, su túnica hecha jirones, puesto que Héctor se había llevado sus armas —las que el Pelida había heredado de su padre— como trofeo.

Cuando Aquiles salió de su tienda y vio el cadáver de su fiel camarada, se hizo la noche en sus ojos. Sintiendo las rodillas temblorosas, cayó ante él y comenzó a proferir gemidos dolientes. Cogía puñados de arena sucia del suelo con ambas manos y se la esparcía por la cabeza, la cara y todo el cuerpo. Luego, imponente como era, se puso a arrancarse los cabellos de desesperación. Sus gritos se oían por todo el

campamento y muchos fueron los que, al escucharlo, no pudieron evitar derramar lágrimas acerbas. El derrumbamiento de su héroe más aguerrido les devolvía el dolor de sus caídos, cuya muerte habían dado por supuesta, casi natural, pero que de pronto sentían como innecesaria, absurda, la peor desgracia que podían padecer.

Apenas hubo recuperado el ánimo, el general de los mirmidones ordenó que trasladasen el cuerpo a su tienda. Allí pidió a los suyos que pusieran al fuego un gran caldero lleno de agua y lavasen y untasen el cadáver. Después lo colocaron sobre un lecho y lo cubrieron de pies a cabeza con primorosas telas, extendiendo encima un brillante manto.

Entrada la noche, llegó al patio una comitiva enviada por Agamenón. Ulises, que aún se recuperaba de sus heridas, iba delante llevando diez talentos de oro; le seguían los hijos de Néstor y otros héroes con muchos presentes: siete trípodes, doce caballos, veinte vasos y siete intachables mujeres. Los entregaron a los mirmidones y se fueron al punto para no estorbar el duelo. Solo una persona que acompañaba la procesión de regalos se quedó allí y tuvo el atrevimiento de entrar en la tienda.

Al oír que alguien corría las telas de la puerta, Aquiles —que no abandonaba el lado de su amigo— se volvió hacia allí y sus ojos se cruzaron con los de Briseida, hermosa como Afrodita. Patroclo siempre había sido bondadoso con ella, porque no olvidaba la caridad que él mismo había recibido de otros más allá de sus errores del pasado. Cuando vio el cadáver tendido, la esclava sintió que el corazón se le partía por todo el sufrimiento acumulado y estalló en sollozos.

—Las desdichas me persiguen una tras otra —dijo, cayendo con Aquiles junto al cuerpo—. ¿Tendrá cura alguna vez vuestra demencia, hombres abominables?

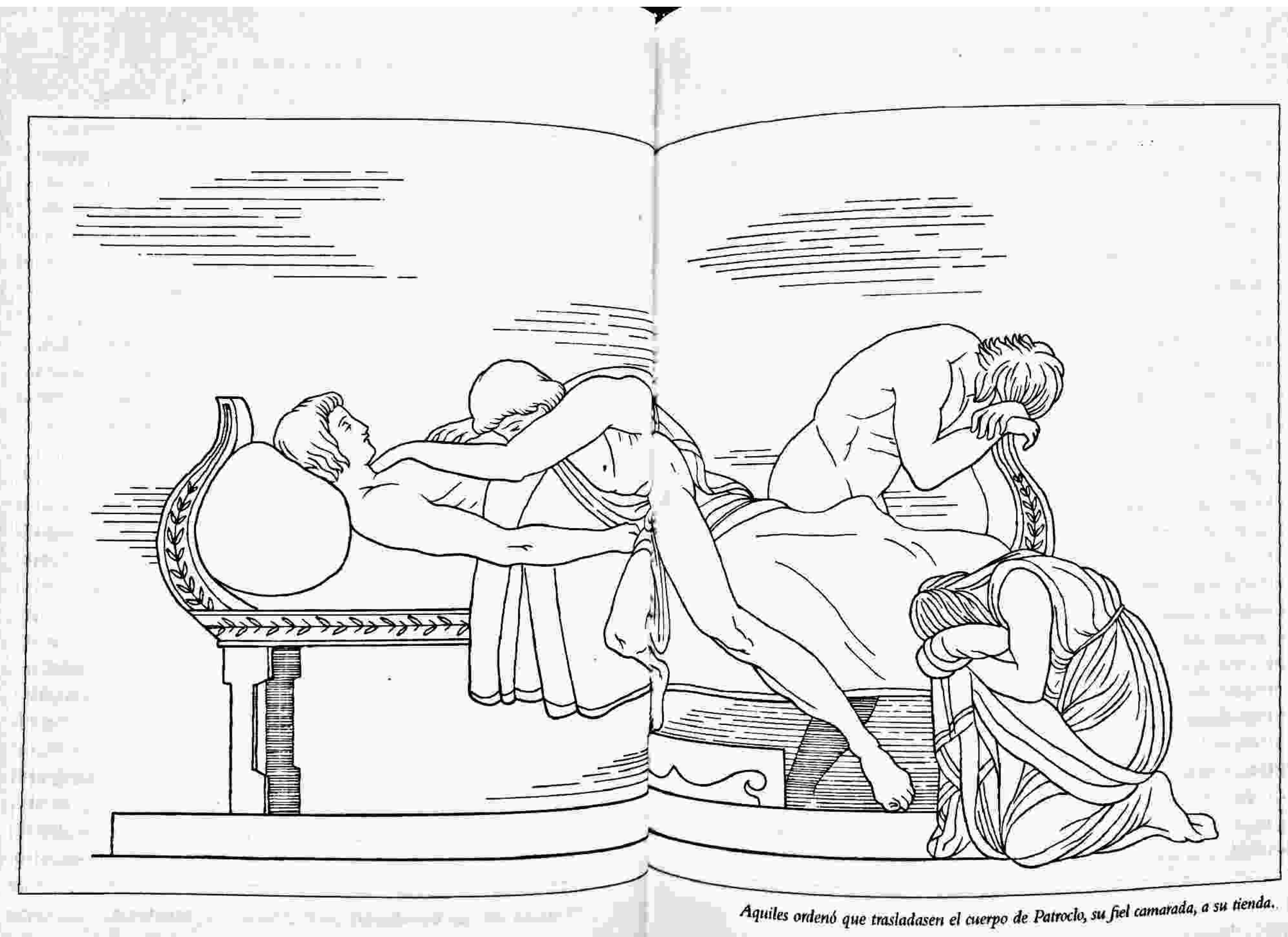
◇◇◇

Al rayar el alba, la voz corrió entre los aqueos convocándolos a una asamblea. Cojeando y apoyados en sus lanzas, fueron acudiendo todos cuantos podían servirse de las piernas, soldados de todos los pueblos y grandes héroes: Diomedes, Ulises, Áyax, Menelao... Los últimos en llegar fueron Agamenón, convaleciente todavía, y Aquiles, a quien los aqueos vieron ocupar su sitio con el alma en vilo. Cuando todos estuvieron reunidos, el general de todo el ejército pidió tomar la palabra. Levantándose de su lugar, dijo Agamenón en tono apacible:

—Quiero hablar ante el hijo de Peleo y que los helenos atiendan, pues con frecuencia me han censurado mi conducta. Los dioses infundieron en mi mente una feroz ofuscación cuando arrebaté a Aquiles lo que era suyo. Desde aquel día aciago me ha atormentado sin cesar mi culpa. —Se volvió hacia Aquiles antes de continuar—. Amigo, héroe aqueo como ninguno, he intentado expiar mi falta y Briseida ha vuelto a tu tienda sin que yo la haya tocado, de lo cual te hago solemne juramento. Mi único anhelo es que encuentres mis reparaciones suficientes.

Dicho esto, volvió a su asiento muy civilizadamente, en contraste con la anterior ocasión. El jefe de los mirmidones tomó la palabra para darle respuesta.

—Por mucho que nos duela el alma, olvidemos el pasado con todas sus fatigas —dijo—. Mientras mi amigo yazga destrozado en mi tienda, no daré descanso a mis brazos, porque



Aquiles ordenó que trasladasen el cuerpo de Patroclo, su fiel camarada, a su tienda.

únicamente tengo sed de la muerte, la sangre y los estertores de mis enemigos, el primero de todos los cuales es el cobarde Héctor, aquel que corre tras las murallas de su padre en cuanto husmea verdadero peligro. Aprestémonos para la lucha en cuanto nos sintamos recuperados y veamos si a los troyanos les quedan ganas de reposar junto a nuestros barcos.

Los aqueos prorrumpieron en un grito de júbilo, un rugido similar al oleaje cuando se encrespa contra un acantilado, de un volumen tan poderoso que logró atravesar la llanura y resonar en el interior de los muros de Troya.

Sentada en su gruta del fondo del mar, Tetis, siempre atenta a su hijo, no podía borrar de su mente los lamentos de Aquiles, que habían llegado hasta ella. Sollozaba con angustia en brazos de su anciano padre Nereo, sin que él ni sus hermanas, las nereidas, que se habían congregado allí al oír sus quejidos, supieran cómo consolarla. Había parido y hecho crecer como una planta cuidada por el jardinero al héroe más noble, más valeroso y magnífico, al griego más ilustre, al que admiraban incluso sus enemigos; sin embargo, una luz tan intensa no podía brillar por mucho tiempo. A cada paso que daba, lo veía ella acercarse más raudo a su muerte prematura, pues, según su conocimiento, el de tantas cosas futuras, estaba escrito que su hijo cayera después de perecer Héctor, de manera que si era su brazo el que ejecutaba al troyano, él mismo se estaba matando. ¡Qué poco podía hacer, a pesar de su divinidad, para protegerlo!

◇◇◇

Las estrellas resplandecían en las paredes, los techos, los suelos del imperecedero palacio de Hefesto, pues estaba construido enteramente de bronce. El artista cojo se hallaba entregado al trabajo, cubierto de sudor. Haciendo soplar a toda fuerza veinte fuelles, inyectó viento ardiente en los hornos para fundir bronce, estaño, plata y oro en enormes crisoles. Después de que los metales se hubieran aleado, empuñó con la diestra su potente martillo y con la siniestra la tenaza, y empezó a forjar un gigantesco escudo de cinco capas y triple borde. En la cara convexa representó en plata la tierra, el cielo y el mar, el sol, la luna y todos los astros del firmamento, sobre dos bellas ciudades llenas de gentes que combatían en el centro. En torno al borde se extendía el inmenso océano en una línea sinuosa como una serpiente, grabada en oro. A continuación procedió a forjar una coraza, a la que dio un brillo cegador; luego vino un casco vistoso que se ajustaba perfectamente a las sienes, coronado de un penacho de oro; las grebas, la espada, las puntas de lanza y de flecha, irrompibles y cortantes como el viento helado.

Acabó justo a tiempo para presentar la esmerada obra a quien venía en su busca. Cuando puso las radiantes armas en las manos de Tetis, ella no pudo evitar verter lágrimas de agradecimiento. El benévolo herrero le secó las mejillas dulcemente.

—¡Ah, si yo pudiera librar a tu hijo de las garras de la muerte!

Las formaciones griegas se concentraron en la llanura del Escamandro, respirando furor en silencio, parecidas a manadas de fieras que merodean alrededor de una presa. Los jefes componían las filas distribuidas por pueblos, según el consejo de Néstor. Con Agamenón a la cabeza, el ejército de los aqueos marchó ordenadamente hacia la árida planicie troyana.



Cuando Hefesto entregó las armas a Tetis, ella vertió lágrimas de agradecimiento.

Mientras llegaban, vieron levantarse una nube de polvo frente a las murallas de la ciudad: el enemigo ya salía y se iba apostando en largas líneas. Los troyanos se desplazaban con desbarajuste y en medio de un gran vocerío, porque no eran tan disciplinados como los griegos. El llano se llenó por completo y relumbró con el bronce de los hombres, los caballos y los carros. Los dos frentes se encontraban ya a distancia suficiente.

Agamenón a un lado y Héctor al otro recorrieron la vanguardia exhortando a sus tropas con palabras fogosas. Los griegos se sentían exultantes, en cambio, a los troyanos un temblor les agitaba los miembros porque veían de lejos a los mirmidones, al frente de los cuales estaba Aquiles con una armadura que parecía forjada con los rayos del sol. A ambos bandos, los generales se situaron al frente de sus fuerzas, de cara al contrario, y, alzando sus lanzas, profirieron potentes gritos de guerra. Respondiendo con un aullido colectivo semejante a la descarga tenebrosa de una borrasca, los ejércitos arrancaron a correr en busca del choque. La tierra retumbaba con los pasos de las masas apresuradas.

Pronto entraron en contacto, escudo contra escudo, lanza contra lanza, falange contra falange. Luego las filas se mezclaron y se enzarzaron unas con otras en enorme algarabía. Las espadas cimbreaban provocando el tajo y los dardos hacían blanco volando adelante y atrás. Por todas partes los guerreros caían y se confundían los quejidos de dolor y los vítores de triunfo de matadores y moribundos. La sangre de los mortales regaba otra vez el infausto suelo de Troya.

Aquiles se sumergía entre los troyanos salpicando muerte por doquier, impetuoso, entre pavorosos alaridos con su

potente lanza hecha con madera del Pelión. Buscaba por encima del tumulto el penacho de Héctor cuando le salió al paso el valeroso Demoleonte, hijo de Anténor, esforzado defensor de los suyos. El Pelida esperó para dejarlo atacar primero y, desviando la acometida de su venablo con el escudo, respondió proyectando el suyo adelante, el cual le clavó por debajo de la quijada con tal fuerza que la punta rompió el hueso y atravesó el cráneo, haciendo saltar el yelmo y extrayendo masa de su cerebro por el otro lado. Luego el de Ftía vio corriendo a Polidoro, uno de los hijos menores de Príamo. Su padre le había prohibido participar en la lucha, porque era por quien más cariño sentía, no obstante, la impulsividad infantil lo había conducido a la batalla y ahora intentaba huir de la carnicería dominado por el terror. Aquiles le disparó la jabalina y le acertó en pleno estómago, de modo que el muchacho se desplomó con un lamento.

Cuando Héctor vio a su hermano retorciéndose en el suelo con las entrañas en las manos, una nube sombría se derramó sobre sus ojos y ya no soportó más seguir merodeando a distancia, sino que fue contra el caudillo mirmidón haciendo oscilar su aguda lanza, semejante a un rayo en manos del soberano celeste. Al verlo llevando la coraza que había despojado a Patroclo, el corazón de Aquiles latió tan fuerte que le hizo daño en el pecho.

—¡Acércate, que aquí te espera la muerte! —exclamó triunfante.

Héctor respondió sin intimidarse:

—Bien sé que soy muy inferior a ti, pero está en la mano de los dioses que sea yo, siendo más débil, quien te arrebate la vida con cualquiera de mis armas, que también son afiladas.

Así diciendo, le arrojó la pica con gran energía y puntería impecable. Sin embargo, ante su vista, un soplo de viento venido de la nada desvió el arma lejos de Aquiles y la perdió en el tumulto. Estaba todavía intentando comprender qué había pasado, cuando Aquiles arremetió con un grito enajenado. Entonces una tupida bruma estalló en el aire entre los dos y los absorbió. Aquiles la atravesó fácilmente, pero, cuando miró atrás, ya se estaba esfumando y Héctor había desaparecido. Por su parte, el troyano se había visto devorado por la niebla, que luego se había disipado, y él, sin saber cómo, se encontró en el otro flanco de la batalla, desde donde le era imposible encontrar a Aquiles en el caos de la refriega. Así comprendieron los dos guerreros que los dioses que a cada uno favorecían se encontraban entre ellos y habían decidido participar en la batalla.

Al ver su venganza truncada por poderes superiores, al hijo de Peleo le invadió una rabia tan intensa que los brazos y las piernas se le agitaban por causa de los nervios. Desenvainó su espada y saltó desbocado hacia el tropel. Al verlo acercarse poseído por tal frenesí, los troyanos se echaban a la fuga sin perder un momento. Dríope, hijo de Príamo, intentó frenarlo con su venablo. Aquiles lo esquivó echándose a un lado y, alargando el brazo en un suspiro, le seccionó el cuello. El alto y noble Demuco, hijo de Filetor, pretendió aprovechar que estaba de lado para herirlo, pero el griego se agachó y le cortó la rodilla, y a continuación, cuando el troyano se derrumbó, le arrebató la vida penetrándole los riñones.

Laógono y Dárdano, hijos de Biante y nietos de Príamo, que acababan de llegar a la batalla, quisieron aplastarlo con

las ruedas de sus carros, cada uno por un lado. Al verlos llegar, el héroe se lanzó sobre el primero y, apresándolo por detrás, buscó un resquicio entre la coraza para clavarle la espada en el costado. Hundió el filo del arma con tanta saña que, al sacarla, una parte del hígado resbaló hacia afuera y la sangre que de él manaba colmó el hueco de la armadura y calentó entera la espada. Como Dárdano ya volvía hacia él, rabiando al ver caer el cuerpo de su hermano a tierra, Aquiles asió una de las jabalinas que encontró en el carro de Laógono y la disparó sin detenerse a tomar aliento. La punta perforó el peto del otro, que salió proyectado hacia atrás por efecto del impulso.

Como el de Ftía vio cerca de allí que uno llamado Deucalión causaba grandes males a los aqueos, saltó hacia él y lo derribó, mientras los caballos se alejaban llevándose el carro. Luego, cuando el troyano todavía intentaba alzarse y revolverse, le atravesó el brazo con la espada en el lugar donde confluyen los tendones del codo. De rodillas, con el brazo descoyuntado, Deucalión aguardó la muerte. La espada de Aquiles silbó en el aire antes de cortarle el cuello, arrojando lejos la cabeza con el yelmo. La médula saltó palpitante de las vértebras y el cuerpo decapitado se desmoronó sobre el suelo.

Del mismo modo que el fuego estalla en las cañadas de un monte agostado y el espeso bosque se incendia, esparciéndose las llamas por el viento, así corría el mayor héroe de los aqueos manchando de mortandad la tierra con sus salvajes manos, el cuerpo entero salpicado de sangre como un dios inexorable. Con cada muerte creía que calmaría el ardor que sentía dentro de su alma; sin embargo, ocurría al contrario, cada nuevo cuerpo apuntalaba otro poco su angustia, pues

veía que tras de sí no dejaba nada, solo un vacío, y, como aquel fuego montés, en la combustión él mismo se consumía.

◇◇◇

Entre las almenas de la gran torre de Ilión, que se alzaba junto a las puertas esceas, donde se reunían a contemplar la batalla los ancianos más prudentes del pueblo troyano, Príamo observaba al terrible hijo de Peleo, el guerrero sobre quien pesaban tantas profecías. Ante su empuje, los defensores se atropellaban en desbandada, y ya se adivinaba que la lucha para ellos sería un desastre. Con un gemido, el rey ordenó abrir las puertas para que los suyos pudieran refugiarse tras las murallas huyendo de aquel hombre funesto.

Los celadores aflojaron los cerrojos, quitaron las trancas e hicieron crujir las hojas de las puertas inmensas. Viendo abrirse el camino de la salvación, todo aquel en las tropas troyanas a quien sus rodillas y sus pies todavía le servían corrió hacia la ciudad con el cuerpo cubierto de polvo. Solo algunos héroes esforzados quedaron atrás para proteger a la hueste en fuga, que iba entrando con gran barullo en la ciudad. Cuando el grueso del ejército se encontraba a salvo, todos los que seguían en el exterior corrieron adentro y los portones se cerraron con un choque resonante. El anciano Príamo fue el primero en vislumbrar que había quedado un hombre solo fuera, esperando al enemigo delante de las puertas: reconoció enseguida el penacho flotante, su hijo Héctor. Por la llanura, destellando su armadura bajo el sol, semejante a un astro del firmamento, Aquiles se encaminaba directo hacia él. El rey exhaló un suspiro y, extendiendo las manos, gritó:

—¡Héctor, te lo pido, hijo mío, no te enfrentes a ese hombre solo y alejado de los demás! Me ha privado de muchos hijos que amaba con todo mi corazón. Apiádate de tu madre y de mí, que os engendramos, y no nos causes más dolor. Troya te necesita para salvarse.

Así imploraba el bondadoso Príamo junto a su esposa Hécuba, que había caído a su lado sollozando con desespero, mas no parecía que sus lastimeros ruegos convencieran el ánimo de Héctor, pues sentía un ansia incontenible de batirse con su mayor adversario. Como una montaraz serpiente acecha a su presa desde su cubil, ahíta de pérfidos venenos, era incapaz de apartar su mirada pavorosa de la figura deslumbrante que se le acercaba.

Aquiles llegó hasta él enarbolando sobre el hombro su mejor lanza, la de fresno, cuya vieja punta había sustituido por una de las de Hefesto, que ahora brillaba con el fulgor que emite el ardiente fuego. Al verlo tan sereno y porfiado, el general de los troyanos fue presa de un temblor, pero ya no podía retroceder; toda Troya y los hijos de Grecia tenían sus ojos puestos en ellos.

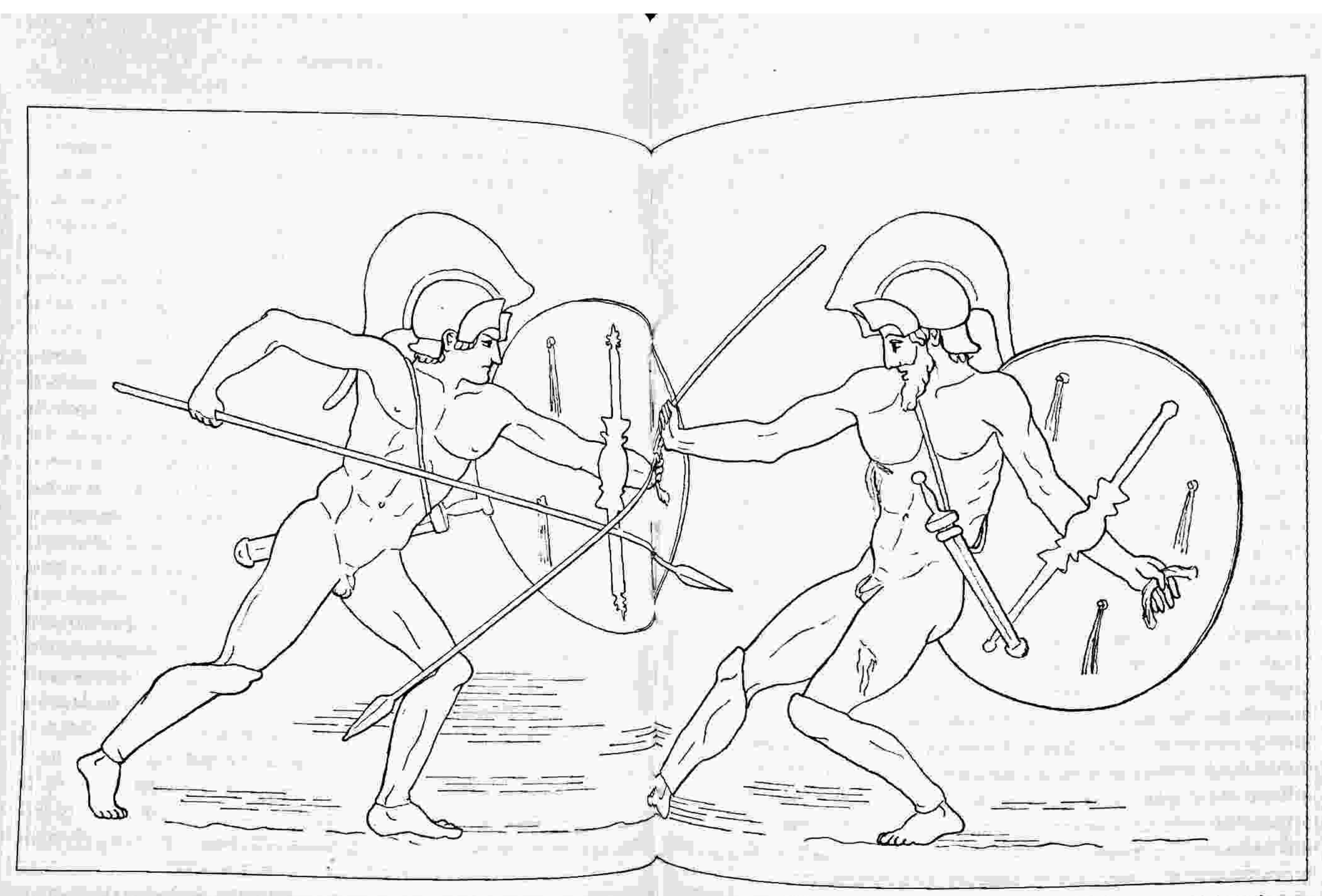
—Intercambiemos las garantías de los dioses: ellos serán testigos de nuestros convenios —dijo—. En caso de que Zeus me conceda fortaleza para quitarte la vida, no ultrajaré tu persona, sino que devolveré tu cadáver a los aqueos para que lo honren y le den la despedida que merece. Promete que harás tú lo mismo.

El griego lo miró con siniestra faz y replicó:

—¡No me hables de pactos! Igual que no hay juramentos entre hombres y leones, tampoco es posible entre tú y yo lealtad alguna, más que uno de los dos caiga y sacie de sangre al cruel Ares.

Tal diciendo, blandió su jabalina y la disparó sin más preámbulos, pero Héctor la vio venir y se agachó con agilidad para esquivarla. La pica se clavó en el suelo. El troyano no perdió el tiempo: su venablo voló hacia Aquiles y no erró, sino que acertó en pleno escudo, pero sucedió que el arma salió despedida a un lado porque no era rival para el trabajo del divino herrero. En ese momento sintió Héctor que sin duda los dioses lo llamaban a la muerte y que acaso había perdido el favor de Zeus y de Apolo, la benevolencia de los cuales a buen seguro lo había protegido hasta el momento. No volvería a abrazar a Andrómaca ni a alzar del suelo al pequeño Astianacte, y eso le dolía. Pero el pensamiento de que no conocería el final de la guerra más que desde los campos de Hades no le dio pavor, sino que atajó todo miedo en su corazón, pues, si estaba escrito que tenía que ser de ese modo, solo una cosa podía hacer: intentar llevarse consigo al hijo de Peleo.

Desenvainó la espada, larga y robusta, y, tras tomar impulso, partió como si descendiera en picado desde un alto vuelo, haciendo vibrar el aire. Al mismo tiempo se lanzó Aquiles lleno de odio inmoderado, cubierto con el escudo y blandiendo su afilada punta en la diestra. Chocaron con el estruendo del día en que nació el mundo, y, con la misma energía, cruzaron sus espadas una y otra vez, atacando y respondiendo, buscando los vacíos que dejaban los movimientos del otro para lograr tocarlo. No pocas veces el metal despedía centellas al colisionar, pues, magníficos los dos, sabían prever la siguiente acción ofensiva, de manera que parecía imposible que llegaran a sorprenderse. Por su ligereza y armonía, se diría que Aquiles danzaba con el arma



Héctor y Aquiles chocaron con el estruendo del día en que nació el mundo.

adoptando aires de felino majestuoso, mientras que Héctor, más rígido pero más sólido, mostraba una firmeza imperturbable, propia de un indócil jabalí.

A medida que la lucha se prolongaba, el troyano fue notando el peso de la fatiga y perdiendo la concentración, subyugados sus movimientos a la urgencia de dar término a la tensión. Calculando cada vez con menos acierto, golpeó en el centro del escudo con tan mala fortuna que la punta de su espada se torció. Aquiles aprovechó el ruinoso lance para ir a buscarle el rostro con potente empuje, y, aunque Héctor alzó el escudo, su espada lo taladró y le rozó el cuello, haciéndole un corte del que brotó abundante sangre. Retrocediendo, el troyano intentó arrancarle el arma clavada, pero el griego la tenía bien sujeta y fue él quien perdió el escudo.

Se sintió aturdido por el dolor y desnudo ante una bestia carnicera. A partir de entonces fue incapaz de volver a atacar, pues su espada no le servía, e incluso le costaba bloquear cada embate. Aquiles lo veía perder el aliento. Igual que brilla en el cielo la estrella vespertina, el Pelida hacía relumbrar su agudo filo en ofensivas atosigantes mientras indagaba el modo de ejecutar el golpe decisivo, una sola estocada en alguno de los lugares por donde más pronto se pierde la vida. Todos los puntos vitales del cuerpo de Héctor estaba bien protegidos; solo quedaba desprotegido el punto donde las clavículas separan el cuello de los hombros. No concentró ahí los desplazamientos de su espada para no revelar sus maquinaciones, sino que fingió que pretendía tocarlo por los costados. Así fue el otro abriendo su guardia hasta que, por agotamiento, llegó a dejar demasiado separados los brazos. Entonces Aquiles lanzó un ataque torpe que permitía

una respuesta fácil, demasiado para que el cansado Héctor la dejara pasar. El troyano cayó en la trampa, la misma que a veces engañaba a Patroclo, y, en su contraataque, dejó el pecho descubierto y al alcance del otro. Aquiles encadenó su siguiente movimiento como el rayo, hundiéndole la espada en el gaznate. La punta penetró bien recta a través del cuello hasta la empuñadura. El mejor héroe de Troya cayó de rodillas, perdida para siempre su virilidad y su juventud. Cuando se desplomó en el polvo, ya estaba muerto.

Mientras los alaridos de dolor llovían desde las almenas, Aquiles arrancó las armas del cuerpo de Héctor, cuya talla y envidiable belleza admiraron a los griegos que acudían corriendo, aunque no por ello lo odiaban menos, y nadie hubo que no infligiera una herida más en su cuerpo. Cuando llegó el auriga con su carro, el Pelida le taladró a su oponente vencido los tendones de ambos pies por detrás desde el tobillo al talón y enhebró correas de cuero que ató a la caja del carro. Entonces montó y, fustigando los caballos, arrastró el cuerpo frente a las murallas de Troya. La melena oscura del príncipe de la ciudad se esparció en el polvo y su cabeza se fue desollando.

Al ver ultrajado el cadáver de su hijo, su madre comenzó a tirarse de los cabellos y a aullar de congoja, mientras el padre prorrumpía en elevados gemidos, postrado junto a ella. Por toda la ciudad los troyanos eran presa del llanto y parecía que la villa se consumiera entera en el fuego del infierno. Refugiada en su palacio de la acrópolis, Andrómaca calmaba la angustia de la espera hilando un manto de púrpura en el que bordaba gráciles adornos. Como había oído que la lucha remitía, había encargado a sus doncellas poner

al fuego agua caliente para el baño de su marido. Llegaron hasta ella los lamentos que venían de la torre, transmitidos por las calles. Los dedos le temblaron y la aguja se le cayó al suelo. Escuchó pasos apresurados por los pasillos mientras sentía que perdía la respiración. Por la puerta de la estancia asomó su cuñada Creúsa, la esposa de Eneas, y en su cara desencajada por el llanto, en sus ojos entristecidos y llenos de compasión, vio Andrómaca que aquello que más había temido, lo peor que podía pasar, ya había sucedido. Intentó levantarse pero sus miembros no pudieron sostenerla y, al primer paso, se tambaleó y se desplomó sin aliento. Lejos salió despedida su diadema, el trenzado lazo, y con ellos, el velo que le había regalado la divina Afrodita el día en que Héctor la había desposado.

5

El talón de Aquiles

El sueño había doblegado a los exhaustos helenos en sus camastros, pero no lograba vencer a Aquiles, que daba vueltas recordando la nobleza de Patroclo, las fatigas que habían compartido a través de las olas furibundas, sus deliberaciones sobre muchos proyectos al lado del fuego. Añorando aquellos momentos, no lograba hallar descanso, a veces echado de costado, a veces boca arriba, porque en su mente atormentada se mezclaba la imagen del ardor de su amigo en el combate guerrero con las caras de terror y sufrimiento de aquellos que habían perecido por su mano, algunos apenas unos niños. A todos los hallaría en el Hades cuando llegara su hora y pasaría la eternidad asediado por su rencor. Un escalofrío le recorrió la espalda.

La brisa volvía a envolver el campamento, caracoleaba entre los barcos, agitaba lonas, puertas y ventanas, y hacía crujir los techados de cañizo. El portalón del patio de Aquiles es-

taba sujeto con un pasador de madera de abeto tan voluminoso que, de no ser él quien lo moviera, requeriría la unión de tres hombres para encajarlo. Sin embargo, aquella noche el viento se arremolinó en el patio, como haciendo acopio de fuerza, y levantó el pasador en el aire y empujó la puerta. Dentro de la tienda, el Pelida oyó silbar el aire en las rendijas y se estremeció. Entonces descubrió, estupefacto, que a los pies de su cama aparecía, como traído por la corriente, el mismísimo rey de Troya, el anciano Príamo, que se inclinaba para implorarle.

—¡Respeta a los dioses, Aquiles, y ten compasión de mí!

El griego saltó del jergón al instante y tomó distancia, mirando a todos lados y comprobando con estupor que ningún soldado enemigo preparado para asesinarle acompañaba al monarca.

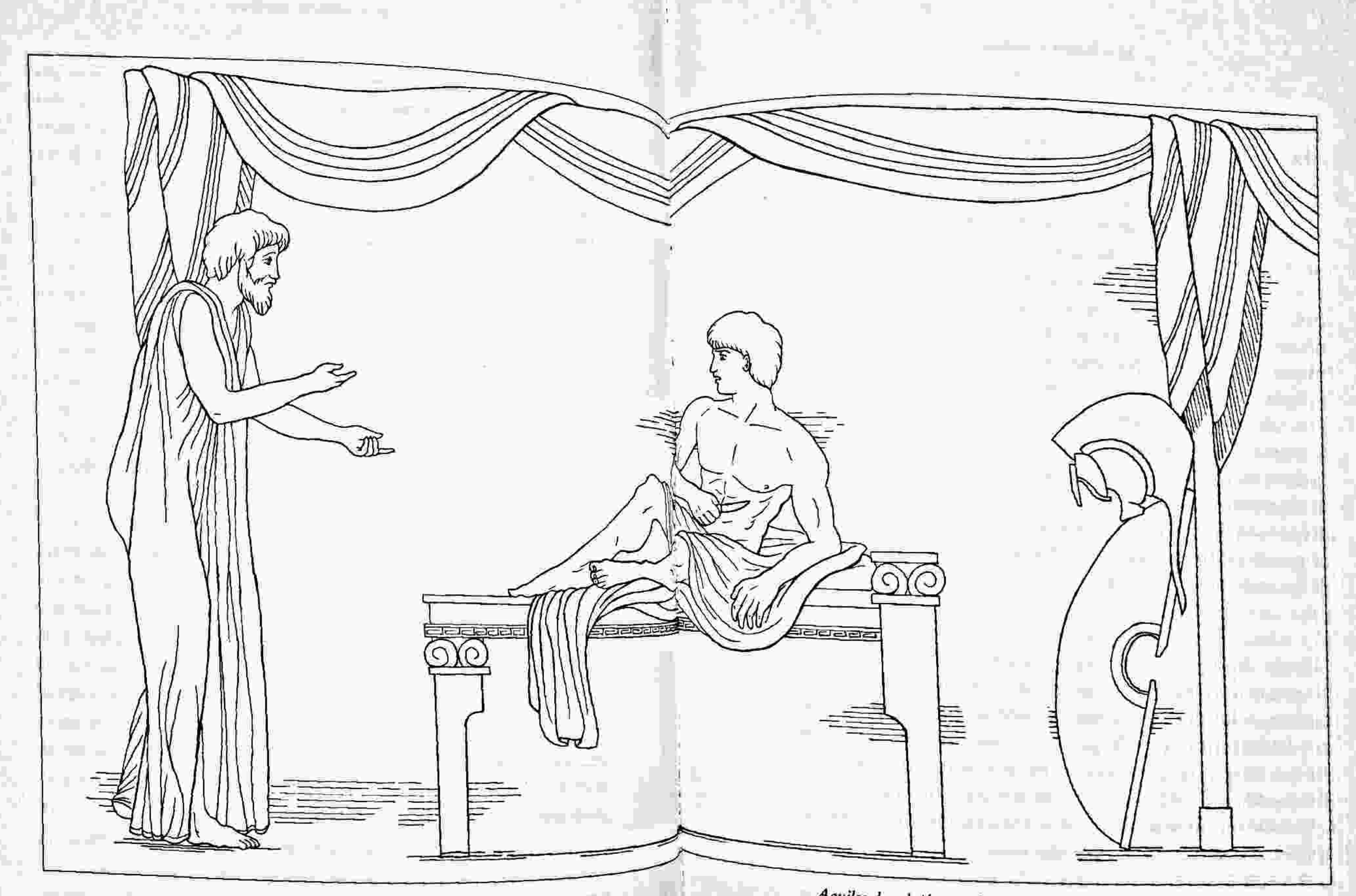
—¿Cómo has franqueado la entrada sin ser visto?

—El divino Hermes me ha dado escolta, enviado por Zeus, pues la voluntad de los dioses está a favor de lo que vengo a pedirte —respondió Príamo. Luego avanzó para estrecharle las rodillas—. ¡Acuérdate de tu padre, que está, como yo, en el umbral de la vejez! Él sigue oyendo que tú estás vivo y se alegra cada día. Pero mi desdicha es completa: he engendrado los mejores hijos de la espléndida Troya y muy pocos me quedan ya. He venido a buscar el cuerpo de Héctor, que yace insepulto, tirado donde lo dejaste. Con el fin de recuperarlo y poder celebrar sus funerales no me avergüenza hacer lo que ningún mortal ha hecho hasta ahora: acercar mi boca a la mano del asesino de mi hijo.

Sin reserva alguna, besó las manos que la vida de tantos de sus retoños había segado. Al verlo llevar a cabo un gesto semejante, Aquiles sintió que el cuerpo se le secaba por dentro. Aquel hombre devastado se mostraba más audaz que cualquier héroe y osaba acudir solo a las naves de sus enemigos y besar sus manos homicidas. En la desolación de sus ojos veía las miradas que lo hostigaban por la noche, miradas horrorizadas por la conciencia de que todo acababa ya y de que su asesino sería la última imagen que tendrían de este mundo. Ante la barba canosa de Príamo, humedecida por las lágrimas, no podía, efectivamente, dejar de acordarse de su padre, al que los dioses habían dado dicha y riqueza, el gobierno del pueblo de los mirmidones, una inmortal como esposa, mas también le procuraron la desgracia de no tener más descendencia que un único hijo que no llegaría a cuidarlo en su vejez. No se sentaría a departir con su padre nunca más igual que aquel anciano tampoco volvería a sentarse entre sus hijos. Una congoja insufrible le quemó el pecho, y, buscando una salida, ascendió hasta volverle la garganta áspera y luego estalló en su cara en forma del llanto más amargo que había derramado en su vida, un llanto por todos sus muertos, por todas sus víctimas, por todas las madres, padres, hijos, hijas, hermanos y hermanas a los que había hecho sufrir.

Uno frente al otro lloraron martirizados por sus respectivos recuerdos. Parecía que, al dejar escapar sus sollozos, ambos vaciaban las entrañas y que solo así podían recuperar el resuello. Cuando el griego condenado por el destino consiguió serenarse, ayudó al viejo soberano a levantarse del suelo y a tomar asiento.

—De hierro debe de ser tu corazón, que te atreves a tanto a pesar de tus congojas. Te daré a tu hijo, como pides. Dime



Aquiles descubrió que a los pies de su cama aparecía el mismísimo rey de Troya.

cuántos días te hacen falta para tributar las exequias y yo contendré a la hueste de los aqueos durante ese tiempo.

—Nueve días me gustaría que me concedieras para llorarlo en el palacio; al décimo lo enterraríamos, al undécimo erigiríamos una tumba sobre sus restos y al duodécimo podríamos entablar combate de nuevo si es preciso.

—Así se hará, anciano —aseguró Aquiles.

Los dos se estrecharon las manos para firmar su acuerdo y, a continuación, el guerrero invitó al rey a descansar mientras fue a dar las órdenes pertinentes.

Queriendo evitar que el padre viera el estado en que se encontraba su hijo, el de Ftía mandó que bañaran y ungieran con aceite el cadáver, y luego que lo vistieran con un bello manto y una túnica de hilo fino. El propio Aquiles lo depositó sobre un lecho y sus compañeros lo subieron a un carromato. Así llevó Príamo a Héctor de vuelta a casa y la guerra se detuvo hasta que Troya hubo dicho adiós a su héroe más cumplido.

◇◇◇

Silbaban las espadas y las lanzas, resonaban ensordecedores los golpes en escudos y corazas, pero Aquiles solo oía los lamentos de los que caían. Desde el interior del vistoso yelmo que Hefesto había forjado para él, coronado por un crestón de oro, observaba cómo los suyos se batían con gentes de piel oscura que habían acudido en tropa innúmera a ayudar a los troyanos, pues su monarca tenía con ellos relación de familia. El rey de los etíopes, de nombre Memnón, yacía ya a sus pies con el pecho atravesado, encharcando el suelo con su sangre. Al verlo caer, los aqueos se habían enardecido

y acometieron al enemigo con fiereza redoblada. Durante los últimos meses, muchos aliados llegados de tierras lejanas habían reforzado la defensa de Troya, de modo que sus habitantes habían recuperado el coraje después de la tristeza insondable que había seguido a los funerales de Héctor, una aflicción tan grande que pareció que la plaza había sucumbido ya a los conquistadores.

El Pelida no lograba apartar la gelidez que agarrotaba su alma a pesar de las continuas victorias. Solo un sentimiento lo agitaba: la rabia al constatar que aquella carnicería entre los mortales jamás se detendría a menos que los eternos resolvieran las discrepancias que tenían entre ellos. Se había visto al cruel Ares batirse salvajemente entre mortales e inmortales, a la sabia Atenea, a Poseidón, a Apolo, a la mismísima Afrodita... Grandes maravillas habían tenido lugar ante los ojos de los hombres durante aquella guerra insaciable. ¿Por qué los dioses no solventaban el conflicto si estaba en su mano? ¿Por qué causaban aún más muerte y destrucción? Aquiles seguía luchando... Seguía luchando porque sería el mejor de los aqueos hasta el final, pero se lanzaba a la batalla preguntándose si cada acción ofensiva de su oponente desataría al fin la consumación de su destino. Como su cuerpo se hería difícilmente y sanaba pronto, no alcanzaba a imaginar por qué prodigio llegaría su tan anunciada muerte.

Emprendían la fuga los defensores, perseguidos por los griegos, semejantes a un auténtico huracán. Únicamente algunas tropas troyanas quedaban atrás para mantener al enemigo a distancia y cubrir una vez más la retirada de los suyos. Aquiles dejó escapar un suspiro. Por primera vez en mucho tiempo, después de la visita del rey Príamo a su tienda,

volvía a apoderarse de él una profunda pena. De pronto no soportó seguir allí. Se encaminó hacia las puertas esceas, que ya se cerraban. Flechas y rocas impedían acercarse, sin embargo, consciente de su invulnerabilidad, Aquiles continuó avanzando bajo la lluvia mortífera, mientras los proyectiles saltaban y se rompían contra su escudo. Llegando a los portones, observó los goznes del tamaño de un hombre, los remaches en forma de escudo, y no pareció impresionado. Se agachó con la espalda recta, metió las manos por debajo de una de las hojas gigantescas y gruñó como una bestia sobrehumana al tirar hacia arriba. La puerta crujió y se sacudió, haciendo que la estructura escupiera polvo. Griegos y troyanos quedaron asombrados, puesto que parecía verdaderamente que el destructor de ciudades pretendía arrancar la puerta del vano.

Al otro lado estaba Paris, que había participado en la batalla con su certero arco. Cuando vio que los cerrojos trepidaban por causa de la tensión inmensa que estaban soportando, subió corriendo a la torre de Ilión mientras buscaba la flecha más equilibrada, la mejor de su carcaj.

Aquiles volvía a intentarlo con más fuerza, aunque ya veía que era una tarea colosal. Estando en ello, oyó una voz colérica que rugía a su espalda.

—¡Abandona la guerra, si es lo que tanto deseas, hijo de Peleo! ¡Deja de exterminar a esta mísera gente, a la que aprecio y entre la que hay sangre de mi sangre! ¡Guárdate de mi ira inmortal, pues no me faltan razones para aniquilarte!

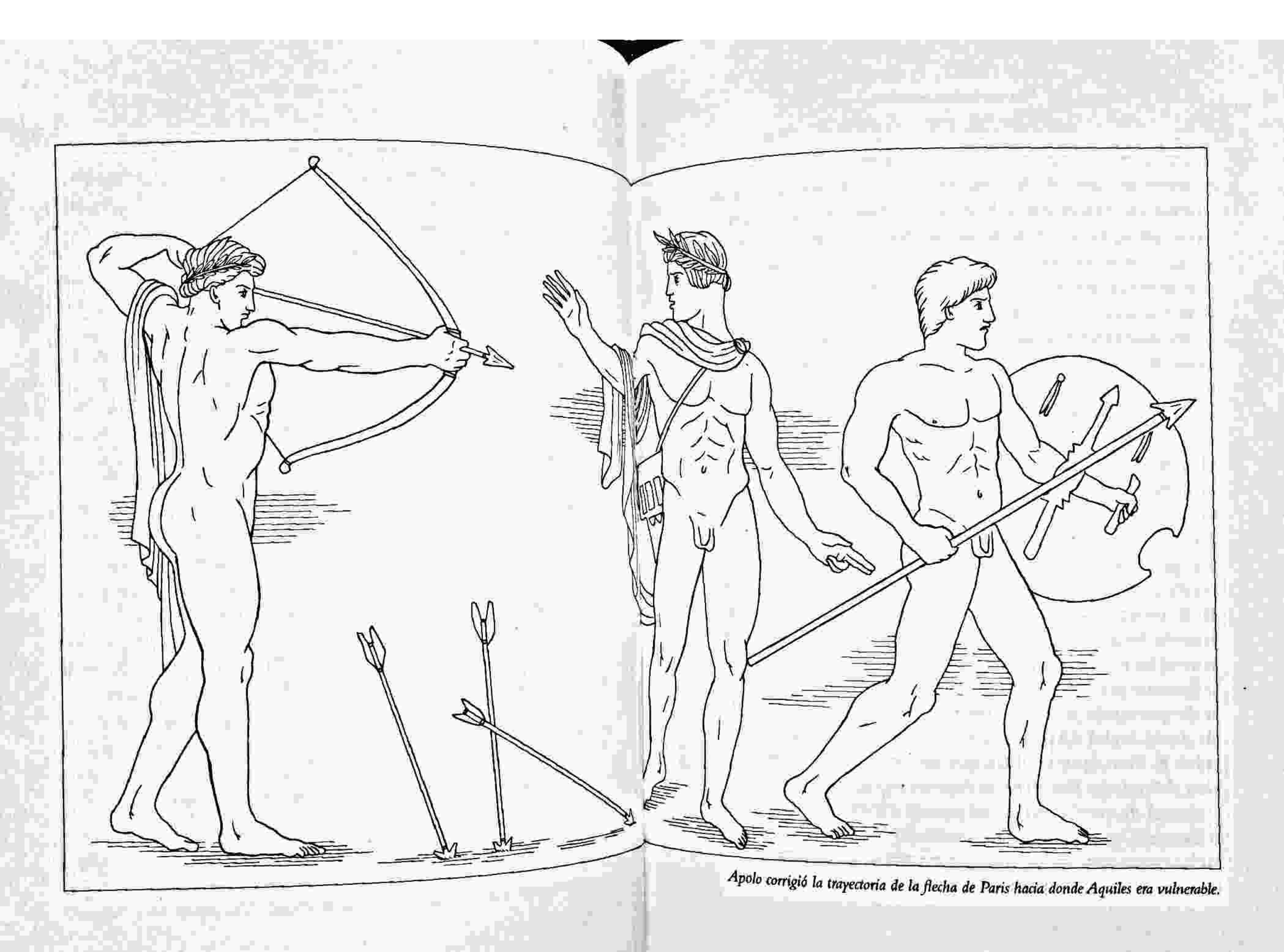
Bien reconoció Aquiles la voz del divino Apolo, mas no por ello se intimidó, sino que, despreciando la advertencia, replicó:

—Los dioses hilan para los infelices mortales una vida entre congojas mientras ellos están exentos de cuitas. Sigue tú mi consejo y vuélvete con los tuyos, no sea que te haga saber qué es el sufrimiento, por inmortal que seas.

Nadie podía ver al dios, pues flotaba etéreo como si fuera el aire mismo. Sin embargo, la furia que lo poseyó ante semejante insolencia se manifestó en forma de torbellino, una súbita tormenta de arena que sacudió a Aquiles con tanta fuerza que estremeció las puertas aún más terriblemente. El Pelida resistió hasta que pareció que la ira de Apolo se había agotado. Los griegos dieron un grito de júbilo cuando vieron que, al disiparse la polvareda, su héroe seguía empujando imperturbable.

Ahora bien, lo que en verdad sucedía era que en lo alto de la muralla Paris apuntaba una flecha hacia el Pelida y Apolo se había percatado de ello. Retirándose, el dios permaneció expectante. Paris buscaba algún lugar desprotegido donde alcanzar a Aquiles, aunque no con la esperanza de matarlo, que creía vana, sino al menos de ganar tiempo a que se organizase una defensa. Como condenarle un brazo no detendría su avance, pero sí lo frenaría una herida en la pierna, apuntó abajo, a las zonas desprotegidas por las grebas. Sudoroso, miraba el objetivo en la distancia, sabiendo que su dardo estaba bien enfilado, pero temeroso ante la posibilidad de fallar. Sentía el acoso de las miradas de quienes lo rodeaban, no pocos de los cuales le hacían responsable de su desgracia. ¿Era aquella su oportunidad para compensar los males que había hecho padecer a Troya?

Disparó. La saeta voló, cimbreándose su astil en el aire, girando por efecto del emplumado. Apolo vio pasar brillando su


Apolo corrigió la trayectoria de la flecha de Paris hacia donde Aquiles era vulnerable.

punta de triple púa y supo que iba bien encaminada para clavarse en la pierna de Aquiles, pero demasiado alta, pensó, para dar fin a aquella fastidiosa historia. Una leve corrección, apenas una caricia, haría que lo tocara un poco más abajo, donde el griego era vulnerable. Sin embargo, una intervención de esa suerte podría provocar otro grave altercado entre los olímpicos a su regreso a la morada de su padre, desde donde, a buen seguro, observaban en aquel preciso momento lo que sucedía allá abajo. A pesar de toda consideración, cegado por el enojo, dio un breve soplido y, un instante antes de que la flecha impactara, cambió la trayectoria.

Un dolor afilado recorrió el cuerpo entero de Aquiles y despojó de nervio a todos sus miembros. Se desmontó sobre el suelo como una torre minada. Únicamente cuando se vio tendido, advirtió que una flecha le traspasaba el talón. Se había hecho el silencio en los muros y en el campo, todos los ojos fijos en el héroe caído. Profiriendo un gemido lastimero, se arrancó la saeta de la herida y la arrojó airado lejos de sí mientras, negra y espesa, la sangre comenzaba a manar. Intentó levantarse, pero no fue capaz. Notaba helados los brazos; las piernas no le obedecían.

Aunque primero no se atrevía a creerlo, Paris se dio cuenta de que estaba herido de muerte. Con un clamoroso grito de júbilo incitó a los troyanos que seguían abajo a lanzarse sobre él. Pero Áyax y Ulises, que no estaban lejos, corrieron para defenderlo. Bien pronto Aquiles se vio rodeado de una multitud de combatientes, los aqueos cubriendo su cuerpo y los otros queriendo arrebatárselo. El Pelida contemplaba las lanzas en baile, las espadas que vibraban, los escudos resonantes, y más allá, el vuelo plácido de unas hermosas nubes,

muy luminosas, livianas y llenas de gracia, como el vello casi transparente que cubría la piel de Briseida, como los jirones de niebla en los prados de Quirón, como la cola de la túnica de su madre, como la risa de su padre, a quien no había llegado a conocer de verdad. Abrazado a esas remembranzas, que ahora veía como los tesoros más preciosos que se pudieran tener, hubiera dado todos sus triunfos por volver al momento pasado en que se le presentó la oportunidad de decidir, porque ahora le parecía que más valía ser un siervo en el campo de cualquier humilde labrador que reinar entre todos los muertos y ocupar en el mundo de los vivos solamente un instante fugaz de nostalgia. Su mente oscureció en estos pensamientos y el aliento vital voló de su boca en dirección a la morada de Hades. Así fue como el destino de Aquiles, el mejor de los helenos, hijo de Peleo y Tetis, alcanzó su cumplimiento.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

En una obra tan coral como la *Ilíada* homérica, Aquiles es una figura que sobresale entre el resto de héroes por su valor y su estatura trágica. Para los griegos, representaba el ideal de guerrero de una edad heroica, que ganó una gloria imperecedera en la guerra de Troya. El descubrimiento y la excavación arqueológica de esa ciudad anatolia reveló que, lejos de ser una ficción, ese pasado existió.

Frente a los héroes de generaciones anteriores, como Hércules o Teseo, que destacaron como destructores de monstruos que alteraban el orden cósmico y fundadores de ciudades como Atenas, destinadas a alcanzar un gran renombre, Aquiles representa un tipo de héroe nuevo: es alguien nacido no para construir, sino para destruir, tanto hombres como ciudades. Su retrato, sin embargo, es también más complejo: Aquiles es joven, bello y valiente hasta la temeridad, impulsivo y con un carácter propenso a los estallidos de ira y a la crueldad, pero capaz al mismo tiempo de amar, de sentir compasión y de tener gestos de gran humanidad, incluso con sus enemigos. Es también músico, pues domina el arte del canto acompañado de la lira, y en él se refugia cuando algún pesar abate su espíritu. Además, es alguien que conoce su destino, morir joven, y que lo acepta sabedor como es de que lo espera la gloria eterna. En suma, y tal como aparece en la *Ilíada* de Homero, Aquiles representa el ideal de guerrero de la edad heroica griega.

UN SUSTRATO HISTÓRICO

Para los griegos de época clásica, los poemas de Homero rememoraban un pasado heroico cuya mayor gesta había sido la conquista de la bien amurallada Troya, o Ilión, como también se la llama en la *Ilíada*. Que se trataba de un hecho histórico nadie lo ponía en duda entonces: el historiador Tucídides (h. 460-396 a. C.) la entendía como la primera empresa que los griegos emprendieron de forma conjunta, mientras que el considerado padre de la historia, Heródoto (484-425 a. C.), veía en ella el origen de la secular enemistad entre griegos y persas. Ahora bien, los hechos de la *Ilíada*, como también los de la *Odisea*, se referían a un pasado muy remoto, bastante más incluso que Homero, pues si la tradición sitúa a este autor en el siglo VIII a. C., la guerra de Troya, en caso de haber ocurrido, se retrasaba entre cuatro y cinco siglos más. ¿Podía, entonces, prestarse credibilidad a esos poemas? Y más aún, ¿podían considerarse «griegos» sus protagonistas?

Con el discurrir del tiempo, los versos homéricos empezaron a verse cada vez más como el ensueño de un poeta que probablemente ni siquiera tampoco existió. Y así fue hasta que un testarudo hombre de negocios alemán llamado Heinrich Schliemann (1822-1890) se propuso demostrar que Homero no fabulaba. Llevado por su fe en el aedo y con la *Ilíada* como única guía, en 1870 empezó a desenterrar en un lugar llamado Hissarlik (Turquía) una ciudad que, efectivamente, resultó ser Troya. Y no halló una sola, sino nueve superpuestas que abarcan un arco cronológico que va del año 3000 a. C. hasta el siglo V d. C. Hoy se cree que la ciudad de los Héctor, Príamo, Agamenón y Aquiles se corresponde con el estrato Troya VII-A, en el que se han encontrado evidencias de destrucción por el fuego, así como armas y restos humanos. Data de alrededor del 1250 a. C.

En 1876, el alemán excavó también Micenas, «la rica en oro» de Homero, la ciudad del legendario rey de reyes Agamenón a cuyo mando combatieron los griegos en Troya. La importancia del descubrimiento fue mucho más allá, pues reveló la existencia de una civilización llamada micénica que floreció en la Edad del Bronce, aproximadamente entre el año 1550 y el 1100 a. C. Organizada en torno a un rey, esta sociedad vivía de la agricultura, la ganadería y el comercio. La guerra debió de ocupar también un lugar preponderante en ella, como atestiguan las ciclópeas murallas de sus ciudades (Micenas, Tirinto o Pilos) y hallazgos como la armadura de Dendra: una imponente coraza hecha de piezas broncíneas que protegían el cuerpo con un yelmo de cuero revestido de colmillos de jabalí que coincide con las descripciones homéricas.

Mas la gran sorpresa llegó casi un siglo después de los hallazgos de Schliemann, cuando se descubrió que esa sociedad era, sin ninguna duda, griega. En 1952, el arquitecto Michael Ventris (1922-1956) y el filólogo John Chadwick (1920-1998) demostraron que los signos inscritos en las tablillas de arcilla halladas en las ruinas de estos palacios micénicos recogían una forma primitiva pero inteligible de griego. Una vez traducidas, revelaron ser documentos puramente burocráticos, relaciones exhaustivas y rutinarias de cabezas de ganado, fanegas de trigo o ánforas de vino que entraban y salían de palacio. No mencionaban a héroes, ni recogían versos épicos o himnos religiosos, pero probaban que los belicosos micénicos hablaban la misma lengua que Homero. Por causas que no han podido ser aclaradas, esa sociedad desapareció abruptamente hacia el año 1100 a. C., pero su recuerdo perduró de forma oral durante toda la Edad Oscura (el período entre el colapso micénico y el siglo VIII a. C., cuando empieza la llamada Época Arcaica) hasta plasmarse, convenientemente idealizado, en la *Ilíada* y la *Odisea*.

Aquiles, espejo de reyes

Los antiguos no tenían duda alguna de que los héroes de la guerra de Troya habían existido realmente. Para el conquistador macedonio Alejandro Magno (356-323 a.C.), Aquiles fue el retrato en el que mirarse. La *Ilíada* era su libro de cabecera y así lo primero que hizo cuando se lanzó a la conquista del mundo en el año 334 a.C. fue acudir a las ruinas de Troya para visitar el túmulo en el que la tradición situaba los restos del héroe. Tras ofrendar una corona, el joven rey felicitó a Aquiles «por haber tenido en Homero un heraldo que perpetuara eternamente su recuerdo», algo que en su opinión convertía al héroe en «el más afortunado de los hombres». Como Aquiles, el destino también quiso que Alejandro muriera joven. Pero el macedonio no fue el único que rindió culto al mirmidón. Ya en tiempos del Imperio romano, emperadores como Caracalla (188-217 d.C.) y Juliano el Apóstata (331-363 d.C.) acudieron a este lugar para honrar su memoria. También lo hizo el sultán turco Mehmed II (1432-1481). En 1462, visitó la tumba de Aquiles, hizo sacrificios ante ella y, como Alejandro, felicitó al hijo de Peleo por sus hazañas. Tras lo cual, dijo: «Es a mí a quien Alá ha concedido el privilegio de vengar a esta ciudad y a su pueblo... En efecto, fueron los griegos los que devastaron Troya y han sido sus descendientes los que después de tantos años me han pagado la deuda que su orgullo ilimitado había contraído con la gente de Asia y, por lo tanto, con nosotros». La venganza a la que se refería fue la conquista de Constantinopla, que Mehmed II llevó a cabo en 1453 y con la que puso fin al Imperio bizantino.

DEL ARTE GRIEGO AL ROMÁNTICO

Como ideal de héroe griego, Aquiles tiene una presencia destacada en el arte griego antiguo. Una de las muestras más espectaculares es el llamado Vaso François, una crátera (un tipo de recipiente destinado a la mezcla de vino y agua) hallada en una tumba etrusca de Chiusi y datada hacia el 570 a.C. Su pintor, Clitias, representó en ella (entre otras escenas pertenecientes a diferentes ciclos mitológicos) los juegos fúnebres en honor a Patroclo, Aquiles persiguiendo a Troilo o el rescate del cuerpo sin vida del héroe por Áyax. Se conserva en el Museo Arqueológico de Florencia. Todos los motivos de la historia de Aquiles y Troya se hallan en la pintura de cerámica, género que también deja espacio a escenas más pintorescas, como se ve en el tondo de un kílix (copa) de figuras rojas debido al pintor Sosias (siglo v a.C.), en el que un solícito Aquiles cura la herida causada por una flecha a Patroclo, quien, aprensivo, aparta su mirada. Se halla en el Museo Antiguo de Berlín.

A mediados del siglo XVIII, el pintor rococó Giovanni Battista Tiepolo (1696-1770) se inspiró en la *Ilíada* para decorar una de las estancias de la villa Valmarana, en Vicenza (Italia). Sus frescos son todo un alarde de teatralidad, con el muro convertido en un escenario que se abre hacia el exterior como si se tratara de una ventana. El más interesante es el que muestra al héroe como un hombre melancólico, apoyado en una columna y en actitud pensativa, mientras su madre Tetis y una nereida intentan consolarlo desde el océano. No muchos años más tarde, las ilustraciones de John Flaxman (1755-1826) para la *Ilíada* se convirtieron en un modelo del nuevo despertar del clasicismo con sus composiciones inspiradas en los relieves griegos. Había

nacido el neoclasicismo, un período que supuso un auténtico resurgir para el Aquiles de la *Ilíada*. Fue entonces cuando Jacques-Louis David (1748-1825) pintó *Los funerales de Patroclo*, obra de juventud que destaca por el barroquismo de su composición, poblada de figuras que se arremolinan en torno a la pira fúnebre, todo bajo una luz que acrecienta el dramatismo. Muy influido por David, su maestro, Jean-Auguste-Dominique Ingres (1780-1867) es el autor de *Aquiles recibiendo a los embajadores de Agamenón*, un lienzo en el que el artista muestra su perfecto conocimiento tanto de la anatomía humana como de la estatuaria griega antigua.

Con un pie ya en el romanticismo, el artista Johann Heinrich Füssli (1741-1825) se acercó al mito de Aquiles con una serie de obras que resultan perturbadoras por el dinamismo de su composición, su predilección por un dramático claroscuro y su escenografía fantástica e irreal. *Tetis llora la muerte de Aquiles* o *Aquiles tratando de coger la sombra de Patroclo* son dos ejemplos de su estilo. Durante el siglo XIX Aquiles siguió siendo patrimonio de los pintores más académicos e historicistas. Una de las obras más asombrosas de esa centuria relacionadas con el héroe es un palacio, el Aquileon, que Isabel de Baviera, emperatriz de Austria más conocida como Sissi, hizo construir en 1890 en la isla griega de Corfú. Todo él es un capricho que recrea la arquitectura griega antigua, con Aquiles como centro de sus esculturas y pinturas. De estilo académico y clasicista, las más importantes son la escultura de Ernst Herter (1846-1917) que lo muestra herido y que es el emblema del edificio; la de *Aquiles victorioso* que se alza en la entrada, obra de Johannes Götz (1865-1934), y el fresco *El triunfo de Aquiles*, de Franz Matsch (1861-1942), en el que el héroe arrastra con su carro el cuerpo sin vida de Héctor ante las puertas de Troya.



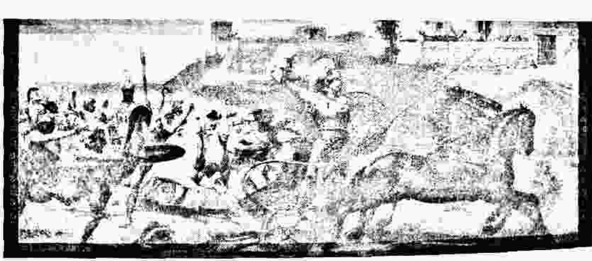




En 1757, Giovanni Battista Tiepolo recibió el encargo de decorar la Villa Valmarana ai Nani, en Vicenza, con motivos de la literatura épica griega, romana e italiana. En la sala dedicada a la Ilíada pintó estos tres frescos referidos a la historia de Aquiles: abajo, la pérdida de Briseida, que es conducida a la tienda de Agamenón; arriba a la derecha, la cólera del héroe, a quien solo la intervención de la diosa Atenea, agarrándolo de los cabellos, impide que se lance contra el rey de Micenas; a la izquierda, la melancolía del mirmidón enamorado.

MÁS ALLÁ DE LA *ILÍADA*

Es imposible saber si Aquiles, como el resto de héroes aqueos y troyanos, existió realmente o no. Pero de lo que no cabe duda es de que, gracias a la *Ilíada*, se ha convertido en un personaje inolvidable, por sus gestas, pero también por su estatura trágica. No obstante, esta obra no recoge ni mucho menos todos los hechos de su vida, sino solo los 51 días del décimo y último año del sitio de Troya en los que, tras disputar con Agamenón a causa de la esclava Briseida, el Pelida se negó a combatir. Su nacimiento y juventud, su llegada a Ilión, la lucha contra las amazonas o su muerte no aparecen aquí, sino en otras obras, como la *Biblioteca mitológica* de Apolodoro de Atenas, un manual del siglo II a.C. que recoge y ordena los principales mitos. Conviene también tener en cuenta las *Posthoméricas*, un poema compuesto por Quinto de Esmirna en la segunda mitad del siglo III d.C., que intenta llenar el vacío que existe entre lo que se cuenta en la *Ilíada* y la *Odisea*, aunque sus versos



De estilo académico, el fresco El triunfo de Aquiles *decora el salón principal del palacio del Aquileon, en la isla griega de Corfú. Para pintar Troya, su autor, Franz Matsch, tuvo en cuenta los últimos descubrimientos realizados por los arqueólogos alemanes que, a finales del siglo XIX, excavaban la mítica ciudad.*

palidezcan al lado de los de Homero. Todo lo referido a Aquiles a partir de los juegos fúnebres de Héctor es tratado aquí.

Muy original fue el enfoque del poeta latino Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) en su *Heroidas*, una colección de cartas que las heroínas de la mitología envían a sus amantes. Entre ellas se encuentra una de la esclava Briseida. Con acentos que buscan despertar la emoción del lector, la carta reprocha al mirmidón que no le dé más pruebas de su amor, tras lo cual lo exhorta a que vuelva a la lucha: «Por mí se promovió tu cólera, por mí se acabe y sea yo el motivo y el límite de tu tristeza». De este modo, un personaje como Briseida, que en el aedo griego apenas es más que un nombre, cobra entidad y presencia aquí.

La Edad Media no fue insensible a Aquiles y Troya. A partir de un personaje marginal de la *Ilíada* como es el príncipe Troilo, hijo de Príamo, enamorado de la hija del adivino Calcas, Crésida (una corrupción del nombre de la Criseida del poema homérico), Geoffrey Chaucer (1343-1400) escribió el poema *Troilo y Crésida*. En él se inspiró William Shakespeare (1564-1616) para escribir una comedia de igual título cuyo tema principal es la intriga que Ulises y Néstor urden para que Aquiles regrese a la batalla. La causa de su retirada no es aquí la cólera por Briseida, sino el amor por una de las hijas de Príamo, Polixena. Excepción hecha de Ulises y Héctor, los héroes homéricos reciben un retrato bien poco favorecedor: Menelao es un cornudo y Áyax y Aquiles, dos patanes con más músculo que inteligencia. Y, además, nada nobles en la lucha, pues el segundo no duda en lanzar a todos sus mirmidones contra Héctor para matarlo.

Muy distinta era la consideración del héroe que tenía el poeta Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) cuando, a finales del siglo XVIII, concibió su *Aquileida*, un poema épico que glorificaba a Aquiles como símbolo del héroe puro destinado a morir en plena

juventud. De los ocho cantos de que debía constar su obra, solo escribió el primero, que se abre con el hijo de Tetis ante la pira funeraria de su enemigo Héctor.

Más que el heroísmo, la literatura contemporánea ha visto en Troya y Aquiles un medio a través del cual denunciar la brutalidad y el sinsentido de la guerra. Es lo que sucede en la *Casandra* de Christa Wolf (1929-2011), un largo monólogo interno protagonizado por una de las hijas del rey Príamo. Reducida a la condición de esclava de Agamenón, Casandra rememora la destrucción de su ciudad. El lado más mezquino de los héroes griegos sale aquí a relucir, en especial el de Aquiles, una máquina de matar para quien solo tiene palabras de odio: «Que él, Aquiles, la bestia, hubiera tenido mil muertes. Que yo hubiera estado presente en cada una. Que la tierra vomite las cenizas de Aquiles». En *Rescate*, de David Malouf (n. 1934), el tema es el viaje de Príamo al campamento griego para suplicar a Aquiles que le dé el cuerpo de Héctor. Narrado con una prosa de alta calidad poética, la historia se vuelve atemporal y universal, el retrato de dos hombres que han experimentado el dolor de la pérdida y que aprenden a conocerse y respetarse.

EN LA ESCENA LÍRICA Y LA GRAN PANTALLA

Al igual que en las artes plásticas, la música del barroco y el clasicismo no fue muy proclive a las aventuras de Aquiles en Troya. La ópera *Aquiles y Polixena*, de Jean-Baptiste Lully (1632-1687), es la excepción que confirma la regla. Todo cambia en el siglo xx: los devastadores conflictos bélicos vividos en esa centuria recuperaron la *Ilíada*, pero no desde una perspectiva heroica, sino como símbolo universal de las consecuencias de la guerra. Eso es lo que

pretendió Michael Tippett (1905-1998) con la ópera *Rey Príamo*: su música, deliberadamente austera, seca y distante, acentúa la intemporalidad de la historia de Homero a la vez que expresa el compromiso pacifista del compositor.

En la gran pantalla, las simpatías han recaído por lo general en Helena y los troyanos, más que sobre los aqueos. En la producción italoamericana *Helena de Troya* (1956), de Robert Wise, la historia de amor entre Paris y la esposa de Menelao se impone a otros episodios narrados en la *Ilíada*. La cólera de Aquiles sí centra la acción de la más moderna *Troya* (2004), de Wolfgang Petersen, en la que Brad Pitt encarna el papel del héroe. Pero la película se toma excesivas licencias con el mito original (Agamenón y Menelao, por ejemplo, mueren en Troya, mientras que Paris no) y contiene demasiados anacronismos históricos (caso de las monedas que Aquiles deposita sobre los ojos del cadáver de Patroclo quinientos años antes de la invención de la moneda). Las escenas bélicas, con amplio despliegue de medios y efectos digitales, son con todo lo mejor de este filme.

Índice